

EL LOCO ESTERO

Alberto Blest Gana

**“Uso Exclusivo Vitamet,
Biblioteca Virtual 2004”**

I

Aquel día, bien que no era fiesta, los dos chicuelos vestían el traje de los domingos. Se encontraban sentados a la mesa con estudiada compostura, sin hacer gran caso de la conversación de las personas grandes que ocupaban la testera. Pero a pesar de la ansiosa distracción en que aquel espectáculo los mantenía, ni uno ni otro dejaba sentir sobre ellos, como se siente el fuego de un rayo de sol sobre el rostro, el reflejo autoritario de los ojos paternos, que los requería a estar atentos a lo que hablaban sus mayores.

Más osado que el primogénito, el menor de los chicos extendió con disimulo una mano hacia un canastillo de fresas, primicia de la estación, que, entrelazadas con flores, lo fascinaban con su rosada frescura.

-Javier, no toques las frutillas, no hijito -le ordené, desde la opuesta extremidad, la voz de la madre, con dulzura.

-Si vuelves a desmandarte, no irás esta tarde a la Cañada -amenazó la voz del padre, con severidad.

Javier bajó la frente, fingiendo arrepentimiento, pero sus ojuelos pardos formulaban al mismo tiempo la protesta muda de su altiva voluntad.

-Ya vez que Guillén está quieto -agregó la madre, para suavizar la aspereza de la conminación paternal.

Con el elogio de su madre, un vivo tinte de carmín coloreó el rostro del mayor de los niños. El, más bien que su hermano, parecía el delincuente. La mirada de sus grandes ojos azules daba a su fisonomía la seriedad casi tímida de los precoces soñadores.

Una voz de los grandes invocó indulgencia para Javier:

-Déjalo, María, que tome una frutilla. Hoy es día de regocijo general, y es preciso que todos estén contentos.

-¿No ves mamá, lo que dice tío Miguel? -exclamó triunfante el niño.

-Cuando llegemos a los postres -pronunció, con sentencia definitiva, el papá.

El chico no se desconsoló con ese fallo inapelable.

Sabía que cuando estaban convidados don Miguel Topín y su mujer, doña Rosa, dos personas plácidas, aquejadas de excesiva gordura, un ambiente de bondad contagiosa parecía sentirse en torno a ellos, templando el rigor de la

disciplina del hogar. Para los chicos, don Miguel y doña Rosa eran los dioses tutelares de sus infantiles alegrías. Cuando llegaban, jueves y domingos, en la noche, a jugar la malilla, el fastidioso y soñoliento estudio de las lecciones se suspendía.

Pero aquel día, los esposos Topín estaban convidados a almorzar. En su agasajo a ellos, la cazuela y el ajiaco diarios habían cedido el puesto a los platos favoritos de la pareja. Al contemplar las viandas, las frutas y los dulces, don Miguel y doña Rosa habían cambiado una mirada beatífica de común satisfacción. Ambos parecieron saborear de antemano las delicias culinarias que prometía la mesa.

Al principio los esposos 10pm sólo contribuían a la conversación con monoslabos escasos, con sonrisas entendidas, con aquiescencias de cabeza, para no apresurarse en su concienzuda masticación; un acto para ellos de suprema gravedad.

El incidente causado por la intentona de Javier sobre el canastillo de fresas ocurrió después, cuando ya, medio satisfecho el vigoroso apetito, había empezado don Miguel a disertar sobre los acontecimientos de que la fiesta de aquel día iba a ser el pomposo epilogo.

Una partida de pueblo, marchando en derredor de una banda de músicos, pasaba en ese instante por la calle. En acordes de dudosa precisión, pero de un ardor digno de suerte más armónica, la banda lanzaba al aire, en notas de primitiva decadencia, la canción de Yungay, obra musical de circunstancia, debida a la inspiración del maestro Zapiola, un compositor chileno.

Los habitantes de la casa, situada frente al antiguo cuartel de artillería, al pie del cerrito convertido ahora en espléndido jardín, habían acudido con sus huéspedes a la puerta de calle. Al mismo tiempo, otras cuatro personas llegaban también del interior de la casa, atraídas por el canto y por la música, y se agrupaban allí, conservando cierta distancia entre ellas y el grupo de don Guillén.

En primera fila, delante de la gran puerta, con el chico Guillén de un lado y su hermanito Javier del otro, teniéndolos de la mano, un mozo de veinte años a lo más, unía su voz a los cantantes. La música se alejaba Cañada abajo, según la expresión de lenguaje común, para indicar hacia el poniente. Otros grupos de gente endomingada, es decir, de dominguera vestimenta, menos bulliciosos que los acompañantes de la banda de músicos, marchaban también, pero sin apresurarse, fumando y chanceándose con buen humor, hacia la Alameda, preparada ya para la fiesta de la tarde.

Era, entonces, aquel sitio el único paseo público de la ciudad. Oficialmente

condecorada con el presuntuoso nombre de Paseo de las Delicias, la Alameda, más comúnmente designada por este último nombre, era conocida también por el de la Cañada. Trazado en el arrabal del Sur, al borde de la población, por un coronel de ingenieros de los jefes apresados en la gloriosa captura de la fragata española “María Isabel”, el paseo de la Cañada era forzosamente el centro preferido para la celebración de las fiestas populares. En seis filas paralelas, sus altos y frondosos álamos, alineados con simétrica regularidad, formaban una ancha avenida central, limitada a uno y otro lado por dos acequias de agua corriente. La separaban éstas de dos avenidas laterales más angostas, a su vez separadas de las vías del tránsito general por las filas exteriores de los árboles, que completaban aquella larga calle de tupido follaje.

Los dos grupos de observadores se habían acercado poco a poco, y conversaban. De un lado don Guillén, su mujer y sus convidados; del otro lado las cuatro personas que habían salido del interior de la casa, atraídas por la música y los cantos de las fiestas. Componíase este grupo de un hombre, calvo y flaco, de cuarenta y cinco años al parecer, de dos mujeres jóvenes todavía y de una esbelta muchacha de diecisiete años a lo más.

Sin cuidarse de las bromas de los niños, los de los dos grupos conversaban sobre la fiesta del día. De las dos mujeres que con la chica y don Agapito habían salido del interior de la casa, una era, visiblemente, mayor que la otra. Ambas vestidas con traje de quimón ordinario y con el mantón de iglesia echado sobre los hombros, parecían pertenecer a esas familias de escasos medios de fortuna, que ocupan en la escala social de los pueblos hispanoamericanos el punto medio entre la aristocracia acaudalada y la gente de humilde condición, que lucha con la pobreza, disimulándola.

A pesar de la modestia de su traje, advertíase en la mayor cierta majestad natural. Hubiérase dicho una gran señora, que no acertaba ocultar la distinción de su persona bajo la humildad de su traje.

La otra, algo más joven que ella, la llamaba Manuela en la conversación que tenía con don Guillén y sus amigos. Manuela, a su vez, al hablarle, le decía Sinforosa. Eran dos hermanas, en las que el aire de familia alcanzaba apenas a sospecharse después de un atento examen.

El tono de atenta deferencia que empleaba doña Manuela al conversar con don Guillén y su esposa la obligaba, aunque rabiando, a no moverse. La situación respectiva de aquellas personas explicaba la actitud de doña Manuela y la forzada resignación de Sinforosa. La casa en cuya puerta conversaban era uno de esos viejos caserones del tiempo de la colonia, con dos patios y un gran huerto. Situada al frente del antiguo cuartel de artillería, es decir, al lado Sur

de la calle en que principiaba la Alameda, a poca distancia de la iglesia del Carmen Alto, hallábase dividida en dos habitaciones.

De éstas, la principal la ocupaba en arrendamiento don Guillén con su familia. Doña Manuela vivía en la otra parte, exigua y destartalada, con su marido, su hermana Sinfrosa, su cuñado Agapito Linares y Deidamia. El canon, puntualmente pagado por don Guillén en buenos pesos españoles de columna, constituía una de las principales entradas de la modesta familia de los Estero, como se decía, hablando de ellos. Doña Manuela, de una avaricia sórdida y persuadida por la experiencia de que la casa era difícil de arrendar, había llegado a vencer lo altanero de su índole en el trato con su arrendatario.

Los dos chicos y el ñato Díaz habían dejado de asociarse al entusiasmo popular.

-Mamá, ¿nos da licencia para ir a la huerta con el ñato?

La madre asintió con una sonrisa de cariño:

-Pero no vayan a ponerse a jugar, porque mancharán sus pantalones.

II

Cuando el ñato y los niños salieron del zaguán, el patio estaba ya desierto.

El ñato se detuvo allí, se apartó de los niños y se acercó a la ventana de un cuarto con puerta al zaguán, de donde los chicos oyeron salir un apagado ruido metálico, como el de una cadena que alguien hiciese mover. Los dos hermanos se miraron, palideciendo. Un vivo sentimiento de angustia se reflejaba en sus facciones.

-¡Pobre loco!- dijeron, en ese tono infantil tan armonioso cuando cede a una emoción compasiva.

El ñato se había acercado a la gruesa reja de hierro que cerraba sobre el patio la pieza del zaguán.

-¿Por qué lo tienen siempre encerrado? ¿Por qué no lo sueltan al pobre? -reflexionó Javier, con generoso ardor.

-¿Por qué lo tienen siempre encerrado? ¿Por qué no lo sueltan? Vayan a preguntárselo a la pícara de su hermana, a ña Manuela, como debían llamarla, y no doña Manuela, como ella se hace llamar. No crean que está loco -repuso el mozo, echando a andar en el interior de la casa-; la malvada hermana se lo

hace creer a todo el mundo; pero es una buena mentira. Ustedes verán, yo les probaré a todos que no hay tal loco. Ahí lo verán ustedes; pero no se lo digan a nadie.

Al oír la recomendación final, los chicos sintieron que les daban una orden. Lo sintieron en el acento y la expresión severa, casi conminatoria, del semblante del mancebo.

Un momento después que los chicos y el ñato Díaz se alejaron de la puerta de calle, un hombre, joven aun, llegó de afuera hasta cerca de los dueños de casa y sus convidados.

Había cierta vaga tristeza en su mirar, cierto ademán de quien no quiere trabar conversación. Mal vestido, con la barba de varios días sin afeitarse, tenía el aire enfermizo de una persona avejentada. Don Guillén procuró, sin embargo, detenerlo con nuevas observaciones sobre la fiesta del día. Don Miguel Topín agregó algunas alusiones a los sucesos que el pueblo seguía celebrando con su canción a las glorias del “triumfo marcial”. Don Matías contestaba distraído, con una sonrisa forzada de interlocutor que desea escabullirse. Y después de un saludo de hombre corto de genio, en contorno, se retiró sin dar la mano, dirigiéndose con pasito corto de perro que huye, del lado de la casa chica, con la cabeza inclinada a la derecha, moviéndola maquinalmente, cual si repitiese su convicción de que debían estar esperándolo.

Los cuatro dieron vuelta la espalda a la calle y caminaron hacia las habitaciones de la casa grande.

Al pasar por delante de la puerta del cuarto del zaguán, invariablemente cerrada, los esposos Topín la miraron con cierto aire supersticioso, casi tímido, como la habían mirado pocos momentos antes al llegar. Luego, en el patio, evitaron volver la vista hacia la ventana enrejada.

Habían entrado al escritorio de don Guillén. La pieza tenía las dimensiones extensas de que usaban los edificadores, ya que llamarlos arquitectos sería presuntuoso, del coloniaje. Bajo la mesa, una hermosa perra de Terranova dormitaba sobre un pellón o cuero blanco de carnero. Un perro de la raza de los ratoneros dormía en una cesta muellemente tapizada con una vieja manta.

Al entrar los cuatro amigos, la perra les dio una bienvenida perezosa, meneando con lento vaivén el espeso plumero de la cola. El ratonero lo hizo con un gruñido sordo.

Don Miguel encendió un cigarrillo de hoja, y don Guillén un habano. Era un preludeo de conversación. Agotado el asunto de la campaña restauradora, sobre el que habían hablado desde antes del almuerzo, doña Rosa tocó dos o tres puntos de la crónica local, escasa de interés en aquel tiempo.

Una amiga suya había *salido* con bien el día anterior; otra había tenido mellizos, de modo que no había ropita sino para un niño solamente.

-Falta de precaución -dijo don Miguel, con su seráfica sonrisa-; a nosotros no nos pasará eso, Rosa.

-Cállate, Miguel, no estés diciendo tonterías -dijo, con pudoroso dengue, doña Rosa-. Puesto que acabamos de hablar del loco, cuéntale a don Guillén lo que nos dijeron el otro día.

-¿Qué les han dicho?

Don Guillén se había sentado delante del escritorio, y enviaba al techo el humo de su habano. Don Miguel, sobre una gran poltrona, fumaba con aire de recogimiento su cigarillo.

-Hombre, lo que tantos dicen por lo bajo: que don Julián no era loco cuando lo encerraron.

-¡Vaya!, cuente, pues -insistió doña Rosa.

-La verdad es que hay algo de muy grave en este asunto. Si ustedes me prometen ser discretos, voy a referirles lo que sé.

Los esposos Topín se pusieron en actitud de escuchar con recogimiento, ¡una revelación sobre lo que siempre les despertaba curiosidad al pasar por el patio y oír el ruido de la cadena del loco!

-Hay que tomar las cosas desde muy atrás -empezó el dueño de casa-. Ustedes saben que don Julián Estero era capitán de caballería del ejército pipiolo, y fue dado de baja después de la batalla de Lircay. Don Julián había abrazado la carrera militar por entusiasmo patriótico. Su situación de fortuna le permitía no depender del sueldo para vivir con holganza. Tenía, y le pertenece aún, una chacra de trescientas cuerdas del lado de Chuchunco. Tiene, además de esta casa, otras dos en la calle del Puente, cerca de la plaza de abastos. Gracias a la renta de estas propiedades, su posición era muy diversa a la de los demás jefes y oficiales dados de baja, que, al perder su empleo militar, quedaron, gran parte de ellos, en la miseria, obligados, por hambre, a hacerse conspiradores. Pero don Julián, a pesar de esto, conspiraba también. Ardiente en todas sus pasiones, su entusiasmo por la causa liberal era absoluto. Pensaba que el partido pelucón era funesto para la patria, reconquistada con tanto sacrificios del poder español; lo que él y sus partidarios llamaban la tiranía de Portales, lo exasperaba. Pero los sucesos de familia, que en el curso de los años produjeron la situación actual, se desarrollaron mucho antes de que don Julian fuera separado del ejército, es decir, mucho antes de que se hiciese conspirador contra el omnipotente ministro don Diego Portales. Su padre, don Martín Estero, gallego puro, casado, como ustedes saben, con una chilena de muy respetable familia, pudo salvarse de las ,proscripciones de la revolución

gracias a la influencia de los parientes de su mujer. Había comprado a muy bajo precio, en tiempo del gobierno del rey, la chacra de Chuchunco, y vivió muchos años en ella, consagrado al trabajo y ajeno a las agitaciones políticas de esa época.

-Más que la edad, los reumatismos imposibilitaron a don Martín, de tal manera, que para continuar atendiendo a los trabajos de la chacra tuvo que venirse a Santiago y arrendarla a su hijo Julián. El arriendo fue muy barato, como de padre a hijo. Para estimular a éste al trabajo, don Martín hizo insertar en el contrato una cláusula que estipulaba el abono de las mejoras a tasación de peritos. Poco después de hacerse cargo del fundo, don Julián volvió al servicio militar, del que se había retirado temporalmente al celebrar el contrato de arriendo. Con su espíritu exaltado, la vida del campo se le hacía insostenible. Precisamente, entonces, un íntimo amigo suyo y antiguo condiscípulo, mozo pobre, buscaba alguna ocupación. Don Julián lo puso de administrador de la chacra, después de acordar con él un plan de mejoras, y se incorporó nuevamente al ejército. Así transcurrieron algunos años. Doña Manuela, que desde el día del arriendo había protestado contra la cláusula de las mejoras, vigilaba con espíritu receloso las plantaciones de árboles y la división del fundo en potreros cerrados con buenas tapias de adobón. El administrador defendía esos trabajos, cubriéndose con la autoridad del arrendatario, mientras que éste, lanzado en las agitaciones políticas de aquel tiempo, leía apenas, o no leía, las cartas de quejas que le enviaba su hermana a los pueblos donde se hallaban de guarnición. Las agitaciones, mientras tanto, llevaron los partidos enemigos, el pelucón y el pipiolo, en abril de 1830, a la batalla de Lircay. Destruído el poder de los pipiolo, vino, con los pelucones, la presidencia del general don Joaquín Prieto, y lo que los vecinos llamaron la dictadura de Portales. Don Julián se hizo notar por su arrojo en Lircay, donde fue herido por salvar a su asistente, y quedó, como todos los jefes y oficiales del ejército, dado de baja.

Hizo entonces una pausa don Guillén.

-Aquí llego -dijo al cabo de un momento- a la parte más delicada de mi historia, y ustedes, don Miguel y doña Rosa, me dispensarán que vuelva a recomendarles el más profundo sigilo sobre lo que voy a contarles.

Don Miguel se sonrió con benévola malicia.

-Hable no más, amigo, ya sé lo que va a contarnos.

-Si sabe, tanto mejor; eso me quitará de la conciencia el remordimiento de revelar secretos ajenos -exclamó don Guillén, riéndose.

existencia de doña Manuela, a la preocupación que le causaba su ardiente querrela con su hermano. Su marido, don Matías Cortaza, ocupaba en el Ministerio de la Guerra un modesto empleo de archivero, con 40 pesos al mes. La falta de medios obligaba a la señora a vegetar oscuramente entre su padre, cuyos achaques lo esclavizaban en la casa, y el marido, al que había entregado su suerte sin amor, dominada por el miedo impaciente que se apodera de no pocas muchachas ante el posible riesgo de quedarse para vestir santos, según la cruel expresión común. En esa situación mortificante, pasaron algunos años, encendiendo poco a poco en el corazón de la hermosa el femenino despecho de ver marchitarse su juventud antes que se hubiera cumplido la gran promesa de amor, que todas las mujeres se creen con derecho a exigir al destino.

-Pero el destino oyó al fin el clamor de esa alma angustiada - prosiguió diciendo don Guillén-. En una visita encontró un día doña Manuela al mayor del cuerpo de policía don Justo Quinta-verde. Este oficial había llegado a conquistarse, por su carácter y servicios al partido del gobierno, una posición superior a la su jefe, el primer comandante del cuerpo. Según la opinión corriente en el público, el mayor Quintaverde era el hombre de confianza de don Diego Portales. Infatigable perseguidor de los pipiolos, su influencia en el ánimo del ministro dictador era muy considerable. El era el más activo proveedor de reos políticos, sobre los que los tribunales militares hacían recaer el temible peso de las leyes y de los decretos draconianos con que Portales perseguía sin piedad y sin tregua a los conspiradores.

“La impresión causada por la arrogante hermosura de doña Manuela en ese corazón de soldado fue profunda, pero no fue menor la que produjeron en ella el talante marcial y la enérgica fisonomía del militar. Habían llegado, ella y él, a ese recodo de la existencia en que la necesidad de amar, despejada de las brumas del idealismo, se lanza, impetuosa, sobre las ardientes emociones de la realidad.

“Pocos días después de ese encuentro, en el que los ojos de ambos se revelaron sin disimulo la recíproca atracción de que al mismo tiempo se sintieron conmovidos, nació esa intriga de amor, funesta, más tarde, para don Julián Estero.

Doña Rosa se sintió sofocada. Con la severidad de costumbre en que había vivido desde la infancia, aquella pintura, apenas bosquejada, de una pasión adúltera, le parecía la revelación de un sacrilegio.

-Bien pensarán ustedes -continuó don Guillén- que por muchas precauciones que tomasen Quintaverde y doña Manuela, sus amores no podían quedar ignorados mucho tiempo. En pocos meses aquello no era ya un secreto para

nadie, y no faltó alguien, por supuesto, que, por compasión o por malignidad, hiciese llegar el cuento a oídos de don Matías Cortaza.

“El hombre, que nunca había brillado por su alegría, cayó entonces en una profunda tristeza. Sin ninguna energía de carácter, abstuvo de pedir cuenta de la ofensa a Quintaverde, y, demasiado tímido para hacer entrar a doña Manuela en el buen camino, se le vio aislarse en un silencio melancólico y en absoluto retraimiento de lo que pasaba a su alrededor, al punto de prescindir completamente de la existencia de su mujer.

-¿Qué menos, pues, que con lo que le ha pasado el hombre se haya puesto medio tonto? - dijo doña Rosa.

-Desde entonces, ese hombre es el que ustedes han visto hace un momento: una especie de fantasma viviente, sin que pueda saberse si es odio o si es profundo desprecio el sentimiento que abriga hacia su mujer. Desde hace algún tiempo, diríase que trata de olvidar su dolor en una continua lectura. A mí me pide libros con frecuencia, pero en el último año, él mismo me ha dicho que no saldrá de la lectura de dos obras: “Robinson Crusoe” y el “Chileno Consolado en su Presidio”, por don Juan Egaña.

-Por entonces -continuó don Guillén- sobrevino la muerte de don Martín. Sus herederos se apresuraron a abrir el testamento, y pronto empezaron las particiones. Esa lucha de interés, causa de graves disturbios, y, a veces, de incurables rencores en las familias más unidas, tomó desde el principio un extraordinario carácter de violencia en la familia de los Estero. Los débiles lazos de unión que pudieron haber existido entre ellos, quedaron cortados para siempre desde la celebración del contrato de arrendamiento de la chacra. Abierta la sucesión, la batalla ante el juez partidario amenazaba cada vez terminar por una terrible catástrofe. A duras penas conseguían los abogados calmar la excitación de sus clientes. Hubo momentos en que el vencido de Lircay llegó, en su exasperación, hasta dar signos de insanidad. No era el interés material de obtener ventajas sobre sus hermanas lo que arrastraba a esa crisis de furor, eran las pretensiones de sus adversarios, cuando las consideraba injustas o malévolas. En el curso de los debates, el juez había tenido ocasión de notar varias veces que los sentimientos de rectitud y de equidad prevalecían generalmente en el espíritu de don Julián. Apelando a esos sentimientos, obtuvo que el capitán cediese a sus hermanas una buena parte del valor de las mejoras. Doña Manuela exigía, sin embargo, que el fundo fuera puesto en remate y el producto dividido por iguales partes entre los herederos. Una vez que fue rechazada esa exigencia, surgió entonces en la mente de doña Manuela, con una morbidez de idea fija, la de apoderarse de algún modo de los bienes de su hermano. Mientras tanto, don Julián compró entonces la casa en que nos encontramos, y pidió a sus hermanas

que continuasen viviendo con él. Doña Manuela aceptó la oferta como el pago de una deuda, que no empeñaba de ningún modo su agradecimiento.

III

“Terminado ya el juicio de particiones don Julián se lanzó, con todo el ardor de su carácter, en las conspiraciones que los cabecillas pipiolos no se cansaban de fraguar contra el poder de Portales. Los militares dados de baja después de la batalla de Lircay eran mantenidos por la inflexible voluntad de don Diego, fuera de servicio y privados de su sueldo. Don Julián Estero hacía causa común con sus menesterosos compañeros de armas, y empleaba en socorrerlos gran parte de su renta. Este fue el origen de continuas y agrias discusiones con su hermana Manuela, que había sumido de propia autoridad la dirección de la casa. En esa sorda riña de todos los días, el rencor de doña Manuela, atizaba el su hermana y del marido de ésta, para enconar cada día más el violento carácter del capitán.

“Otra causa contribuía al mismo tiempo a cavar al abismo de odio que le separaba de su hermana. Doña Manuela, bajo la influencia del mayor Quintaverde, era exaltada partidaria de don Diego Portales. Ardientes discusiones políticas habían sucedido con esto a las de interés. La exaltación de los ánimos llegó, poco a poco, a tal punto, que hubo momentos en que la razón de don Julián daba sospechosos indicios de extraviarse. Doña Manuela lo creyó así, por lo menos. Sin gran esfuerzo, hizo participar de su persuasión a su hermana y a don Agapito. Recordar que don Martín les había hablado muchas veces de un tío súyo, loco, muerto en España. Ese mal misterioso, decían, aparece muchas veces en alguno de los consanguíneos, una o más generaciones después, dejando inmunes a los demás de la familia. En frecuentes conciliábulos, doña Manuela les infundía sus temores. El peligro, les explicaba, era inminente. Don Julián podía de un momento a otro desprenderse, por una fantasía de demente, de todos sus bienes, en favor de lo que él llamaba la causa de la libertad, y dejarlos en la calle. Era un acto de caridad hacia él, de propias defensa para ellos, el poner a un hombre amenazado de volverse loco furioso en la imposibilidad de dañarse a sí mismo y de arruinar a sus parientes. El deber de encerrarlo a fin de evitarle, además, que se comprometiese en alguna loca empresa revolucionaria y llegase a parecer en un cadalso, era imprescindible para ellos. Sinforosa y don Agapito declararon que Manuela era la única que podía hacer ese bien a la familia. Sinforosa había vivido siempre dominada por su hermana mayor. Don Agapito, sin otras aptitudes que las de

hacer jaulas para los jilgueros, y salir todos los domingos del invierno a cazar con los hijos de don Guillén, y de hacerles sus volantines en verano, no tenía tampoco más voluntad que la de su cuñada. Ella se encargó, por consiguiente, de la defensa del presunto loco, secuestrándolo en la casa y apoderándose de la gestión de sus bienes.

“La empresa tenía muy serios peligros. Y luego, era menester presentar razones que justificasen la detención del capitán, desde que esta medida no podría llevarse a cabo sino en virtud de mandato judicial.

-Condujo el asunto con singular astucia. El drama de familia tuvo peripecias que necesitaban de consumada habilidad para dirigirlos. Ustedes no se figuran, por supuesto -dijo, decidiéndose a continuar-, que yo haya sabido lo que les voy contando y los dramáticos sucesos que me quedan que referirles, sin la intervención de otras personas; de dos principalmente, que no nombraría si no hubiese muerto, por desgracia, una de ellas.

-¿Quiénes eran, don Guillén? -preguntaron simultáneamente los esposos Topín, llenos de curiosidad.

-No tengo embarazo de nombrarlas; una de esas personas fue el famoso ministro Diego Portales.

-¡Don Diego! -exclamó admirado don Miguel.

-Precisamente. Ustedes saben que siempre me favoreció con su amistad y no ignoran que, a pesar de su genio de gran político, don Diego tenía un carácter chistoso, que era amiguísimo de chanzas y no desdeñaba ocuparse de cuanta historieta pública o privada corría por Santiago. La otra persona por la que supe lo principal de la historia fue el mayor Quintaverde. Era en 1836. Portales organizaba con infatigable actividad la segunda expedición al Perú, no figurándose ciertamente que la primera víctima de esa expedición sería el mismo. Un día me hizo decir por el oficial mayor del ministerio que tenía que hablarme. Cuando entré a su despacho, don Diego se hallaba escribiendo. Sin dejar su asiento, me envió una sonrisa como saludo.

“-¡Ah!, ¡Don Guillén!, siéntese y dispéñeme -dijo continuando su trabajo“Yo había pasado algún tiempo sin encontrarme con él y fue la última vez

que lo vi. Por eso es que conservo muy frescos en la memoria todos los pormenores de nuestra entrevista. Encorvado sobre el escritorio su cuerpo fino y elegante, parecía sentir la fatiga de sus grandes labores. Quería tratar conmigo sobre la compra de unos caballos y de algunas cecinas de mi hacienda del Sur, que se necesitaban para el ejército expedicionario acantonado en Quillota. El

trato sobre precios, épocas de entrega y demás detalles del convenio se hizo fácilmente. Don Diego escribió sobre un papel las cláusulas concertadas, hizo llamar a uno de los oficiales de pluma del despacho y le entregó el papel.

“Hasta entonces era el ministro quien había hablado. Serio, casi adusto, su semblante era el de un hombre de negocios que trata de un asunto corriente. Cuando el empleado salió de la sala, una luz de franca alegría iluminó las facciones del hombre de mundo.

“-Ah!, ¡don Guillén! -exclamó en tono familiar-, me dicen que usted ha arrendado la casa de las Estero en la Callada.

“-Es verdad, una parte de la casa.

“-Sí, ya estoy, ¿una parte? ¿El loco entra también en el arriendo?

“-No, el loco queda de cuenta de la arrendadora -le dije- ¡ Que no tiene malos bigotes, caramba!

“-Cierto, es muy hermosa. ¡ pero tiene dueño, don Guillén, cuidado!

-“Sí, sumando, ya lo sé.

“-¡Tiene dos dueños entonces! Puesto que usted dice: yo lo había oído ya también. Hace tiempo, desde que me dijeron que usted había arrendado la casa de las Estero, me proponía preguntarle por el loco. ¿Siempre está ahí?

“-Siempre.

“-Porque, vea usted, el loco es casi un reo político. ¿Cree usted que está realmente loco?

“-No podría decirlos A veces cuentan que está furioso.

“-¡Vean que gracia!; cualquier hombre encerrado por fuerza, si tiene sangre en las venas, ha de parecer loco furioso. Lo que yo sé es que el ex capitán Estero es un conspirador, y conspirador peligroso.

“Se puso de pie al hablar así. La jovialidad de su rostro había desaparecido. Las pálidas mejillas tomaron un tinte sonrosado, y en los ojos, un relámpago de acero que reflejaba un rayo de luz hizo aparecer al batallador incontrastable.

“-Aquí tengo las pruebas -dijo, mostrando un estante con papeles, al lado de la gran mesa escritorio-. Que el hombre está preso en su propia casa, opreso en la cárcel, tanto vale, puesto que donde se encuentra está bien vigilado. ¿Conoce usted al mayor Quintaverde, de la policía?

-Mucho; ha estado en mi hacienda varias veces en sus viajes al Sur a comprar caballos para su Cuerpo.

“-Es una concesión que le he hecho, la de permitir que encerrasen a Estero en su casa, en vez de ponerlo en la cárcel. ¿Por qué vino a pedírmelo como más

conveniente al servicio?; eso es cuenta entre él y su arrendadora, don Guillén. En cuanto a mí, tengo plena confianza en Quintaverde, y no me meto en sus amores. Cuando lo vea, pregúntele cómo pudo apoderarse del ex capitán y darle por carcelera a la hermana. Será curioso saberlo. Yo no he querido indagarlo para evitarle la confidencia de su enredo con la patrona.

“Estaba ya jovial, parecía divertirse con la intriga amorosa de Quintaverde. En ese momento entró el oficial mayor con el contrato, que firmamos en doble ejemplar.

“Me despedí pocos momentos después, el tiempo necesario para poner el contrato en mi cartera. Don Diego me dio la mano, hablándome en tono de broma de los peligrosos ojos de la patrona.

“Fue la última vez que nos vimos. Poco después vino la revolución de Quillota y el asesinato del pobre don Diego.

IV

Eran las doce del día cuando los chicos y el ñato llegaron a la huerta, Al atravesar el segundo patio, el patio de los caballos, Díaz había echado una rápida ojeada a un pieza oscura, sin puerta, que servía de palomar. Don Guillén, aficionado a toda clase de aves, mantenía y multiplicaba ahí las más interesantes variedades de la raza de palomas. El mozo divisó en el fondo de esa pieza una escalera que servía a los criados de la casa para sacar de los nidos, hechos en pequeñas cestas de mimbres colgadas en la parte alta de la paredes, los pichones destinados a la mesa. La vista de esa escalera pareció causarle viva satisfacción; pero, sin detenerse, continuó su alegre marcha con los niños, hasta encontrarse en medio de la huerta. Una plenitud de vida los hizo entonces echarse a correr por el espacioso recinto, cual si quisiera gastar la exuberancia de vigor que los rayos de sol, al caer perpendicular sobre ellos, hacían precipitarse por sus venas, en un impulso animal de violenta circulación.

Era uno de esos días de luz, en que se desvanecen los cuidados a impulso de un supremo contentamiento. Llegó un momento en que los dos chicos y el ñato sintieron que habían corrido bastante. Dejando a los niños ocupados en buscar nidos de pájaros en los hoyos de las tapias socavadas por el tiempo, el joven corrió hacia el patio de los caballos y apareció un instante después en la huerta, trayendo a cuestras la esclaera que había divisado al fondo del palomar.

Ahora - repuso Díaz- vamos a sentarnos quietecitos y hablare del loco. No

es loco, ni nunca lo ha sido; es la pícara de doña Manuela que lo ha encerrado, haciendo creer que es loco, para apoderarse de la plata de don Julián.

La voz del mozo se hizo enfáticamente afirmativa. El joven que así les hablaba tenía para ellos el prestigio de una gran personalidad. Era proverbial su fama en todo el barrio, y hasta en los barrios circunvecinos. Pronto entró el ñato en la casa de los Estero, a favor del cariño y de la familiaridad con que era tratado por los niños de don Guillén. So pretexto de ayudar a don Agapito en sus labores, el mozo podía andar libremente por toda la casa, conocer los hábitos de la familia y encontrarse a hurtadillas con Deidamia, después de establecer con ella una especie de clave para el expresivo lenguaje de las miradas. La inesperada acogida que encontraron sus ojos en la pícara sonrisa de Deidamia le dada una fe desconocida en su estrella, le expandía el alma con la inefable ilusión del ser amado.

Esa impunidad en la dicha no podía, desgraciadamente, prolongarse sin término. Una tarde en que doña Manuela había vuelto inopinadamente de fuera, en que Sinforosa dormía una siesta suplementaria y en que don Agapito y los niños fabricaban un volantín de a cuatro, destinado a echar comisión con una estrella de la vecindad, los enamorados, jurándose eterna fe en el comedor, con las manos inocentemente entrelazadas, sintieron de súbito la voz de doña Manuela con una granizada de coscorrones y denuestos proporcionados a la violencia de su enojo. Deidamia buscó la salvación en la fuga; pero el ñato, en quien habló al momento la dignidad ofendida, se encaró airado ante la grosera, con ojos centellantes de cólera: “Agradezca no más que es mujer, porque si no la aventaba de un guantón para enseñarle a dar coscachos”.

-¡Sal de aquí, ñato atrevido; ñato indecente!, ¡No te atrevas en la vida a volver a pisar esta casa, so ñato sinvergüenza!

Díaz creyó prudente retirarse, en buen orden; lanzándole su protesta.

-No te dé cuidado, vieja tal por cual; no volverás a verme en tu casa; pero me las has de pagar, yo te enseñaré a dar coscachos y escobazos.

Salió ardiendo Díaz en sed de venganza. Un deseo caritativo, latente en su pecho con el sueño perezoso de las buenas intenciones, le salió al encuentro. En su sobreexcitación diole entonces definida forma a su pensamiento:

¡ Libertar al loco!

“Abrir las puertas de su prisión al infeliz, ponerlo a cubierto de toda persecución, sería un tremendo golpe dado a la altanera señora”, pensaba, caminando hacia su casa Carlos Díaz.

Desde ese momento persiguió su propósito con tenacidad de inventor.

Entrando al patio a la hora de la siesta, pudo muchas veces acercarse a la reja del prisionero, decirle la compasión que le inspirada, persuadirlo poco a poco de su deseo de devolverle la libertad. En esas conversaciones a hurtadillas, interrumpidas y reanudadas según las posibilidades del momento, el mocito llegó a convencerse de que don Julián conservaba bastante juicio para raciocinar con acierto sobre el plan de evasión que le exponía.

Activo y práctico, espoleado por su encono hacia la carcelera implacable, el ñato no tardó en dar pruebas a don Julián de la seriedad de sus propósitos. Un día trájole una lima de acero y pudo con gran destreza tirarla, bien envuelta en un pedazo de tela, a los pies de don Julián. Con ella debía ir desgastando poco a poco el hierro del grillete que lo mantenía sujeto al grueso pilar plantado en medio de la pieza. En los primeros tiempos de su encierro, Estero tuvo estallidos de ira, con rugidos de fiera quemada por el hierro de ascuas. Una vez acometió al único hombre que entraba en su prisión a traerle alimento, estuvo a punto de ahorcarlo con la tremenda presión de sus dedos. Fue preciso traer soldados del cuartel de artillería y hubo entonces una terrible lucha, en la que el loco cayó herido de un sablazo. Guillén y Javier conservaban en la memoria, con el terror de la niñez, la imagen ensangrentada del cautivo. Desde entonces, un grillete lo mantenía sin poder alejarse del pilar. La tradición de estos incidentes mantenía en todo el barrio su leyenda de terror.

V

Díaz se aseguró de que nadie había en el patio y corrió a la ventana del loco.

-Don Julián, aquí estoy yo. ¿Me oye bien?

-Sí, te oigo -contestó la voz del prisionero.

-Dígame, ¿podrá tener el grillete limado para mañana por la noche?

-Seguramente

-Porque creo que mañana, poco después de anochecer, podré abrirle la puerta.

-¡Ah! ¡Ojalá, Dios te ayude! -exclamó la voz dolorida de adentro, como invocando una esperanza casi quimérica.

-A lo menos yo haré todo lo que pueda: esté pronto. Adiós, me escapo antes que alguien me vea.

Desde que oyera a los chicos lo del convite de doña Manuela, la idea que el oficialito haría sus piruetas de zamacueca con Deidamia, le parecía un triunfo vengador.

Los obstáculos era formidables en su aparente sencillez. El único que hasta ese momento parecía vencido era el que presentaba el grillete que mantenía a don Julián sujeto al pilar central de su prisión. Pero había que abrir la puerta de éste, y para ello indispensable tener la llave, que guardaba doña Manuela. Y después, aun superaba esa dificultad, no era posible que el prisionero pudiese huir al encontrarse en el zaguán sin abrirle la puerta de la calle que la señora de Cortaza hacía cerrar, o cerraba ella misma, al anochecer, de miedo que entrasen ladrones.

Estas reflexiones se agolpaban en la mente de Díaz, mientras iba por la calle sin saber donde se dirigía. La corriente de la turba popular aumentaba con rapidez. Todas las calles que desembocaban al Norte y al Sur de la Alameda vaciaban sus grupos de rotos y de chinas en masas compactas de abigarrados colores. Al cabo de algún tiempo, llegó a estas conclusiones: o conquistar la complicidad de don Matías Cortaza, o servirse de Guillén y Javier como auxiliares para el ataque decisivo. No le parecía imposible lo primero por el rencor del empleado ministerial contra su mujer, que a veces, en su melancólica concentración, había dejado traslucir delante de él. Lo segundo era un arbitrio desesperado de general que compromete toda su reserva por salvar su ejército en derrota. Sabía que los dos niños conocían perfectamente todos los muebles, todos los rincones de la casa chica, a fuerza de jugar días enteros a las escondidas con Deidamia y a veces también con don Agapito. El ñato consideraba que muy probablemente Guillén y Javier conocerían muy bien el escondite donde guardaba la dueña de la casa una de las llaves que le interesaban.

Resueltamente se encaminó hacia la oficina del Ministerio de Guerra, en el que Cortaza era archivero y oficial de pluma. Estaba seguro de que, a pesar de la gran festividad de aquel día, el marido de doña Manuela se encontraría en su puesto, aun cuando no tuviera que despachar algún trabajo atrasado. Don Matías era el tipo perfecto de aquellos funcionarios bajo el férreo régimen de don Diego Portales, que habían convertido en devoción el severo deber de no faltar jamás a la oficina.

Al ver entrar al ñato hubo en los ojos de Cortaza un pálido fulgor de contento. El mozo había sido siempre cortés con él y respetuoso. Su franca fisonomía de niño alegre inspiraba al archivero esa especie de envidia benévola con que los ánimos melancólicos se comparan a los que viven contentos.

-¡Don Carlitos! ¿Qué anda haciendo por aquí? -exclamó con su voz ronca de fumador inveterado.

-Tal vez le va parecer un disparate lo que voy a decirle. ¿Me promete que no se reirá y que pensará bien su respuesta?.

-Vaya, ¡cuantas promesas, don Carlitos! Diga no más, usted sabe que yo nunca me río, y no me habría de reír de usted.

Aquella intervención del muchacho en su descolorida existencia le procuraba una especie de alivio, un calmante a su enfermiza preocupación de todos los momentos.

El ñato se sintió animado con la respuesta.

-Oiga, pues, don Matías; yo he jurado que he de sacar a don Julián de donde lo tienen por fuerza, ¿qué le parece?.

Casi dio un salto sobre su silla el archivero.

Al oír esa declaración ex abrupto, al ver la resuelta actitud de que había tomado el mozo, al recibir de lleno el rayo de resolución que despidieron sus ojos, Cortazá se quedó perplejo.

-¡Quiere sacar al loco! ¡Vaya hombre!, ¿y por qué?

-Porque don Julián no está loco; don Julián está tan bien como usted y yo.

Para no contestar, tomó uno de los legajos que tenía delante de sí, e hizo ademán de colocarlo en un estante. Pero al notar que lo había cogido con la mano derecha, dejó precipitadamente los papeles sobre la mesa y se quedó de pie, haciendo movimientos apenas perceptibles con las manos; una especie de exorcismo misterioso, que habría de evitarle el tener que mezclarse en ningún asunto de su mujer.

El ñato prorrumpió en una carcajada sarcástica al ver que don Matías no le contestaba.

-¿No le han contado que el otro día me dio de coscachos porque me pilló hablando con la Deidamia?.

Don Matías afirmó con la cabeza, sonriéndose como a pesar suyo.

-¿Y no sabe lo que su mujer acaba de hacerme? Porque me encontró hablando en la huerta con la Deidamita, me tiró a la cara un jeringazo de agua puerca.

-¿Y cómo estaba usted en la huerta?

-No estaba en la huerta, estaba sobre la tapia.

-Vaya, ¡que diablo de mujer! No hay que meterse con mujeres.

-Anlinese, señor -insistió Díaz-, y mañana en la noche yo le prometo que hago arrancarse al pobre don Julián.

-Pero, ¿qué puedo hacer yo, hombre?

-Pero no es usted el que va sacarlo, soy yo solito, don Matías.

-¿Y entonces? ¿Para que viene a contármelo a mí?

-Para que me ayude dándome la llave del calabozo.

-¿Yo? ¡La llave! ¿De donde quiere que saque la llave? ¡Válganos Dios!

-Usted sabe muy bien donde la guarda doña Manuela. No me diga que no, don Matías, usted lo sabe muy bien.

-¿Entonces usted quiere que yo le robe la llave a Mañunga?

La tentación de una venganza anónima, el miraje de rescatar la humillación de su existencia, no le parecían ya marasmo de su melancolía.

El ñato volvió a su argumento:

-Usted no tiene nada que temer; nadie sabrá que usted me habrá dado la llave, nadie tampoco sentirá nada, porque a esas horas estarán bailando zamacueca en el comedor de su casa.

-¿Zamacueca? ¿Qué está hablando, hombre? ¿Quién estará bailando zamacueca?

Se pintaba en el rostro del infeliz archivero la más profunda estupefacción.

-¿Entonces usted no sabe nada? ¿Usted no sabe que esta tarde llega el oficialillo, el novio de la Deidamia, y que mañana en la noche irá a cenar con su tío a casa de usted?.

-¿Con su tío? ¿Con qué tío?

-Con su tío, el mayor Quintaverde.

Cortaza quedó anonadado. “Jamás su mujer había tenido la audacia de hacer entrar a su amante en la casa. Nada, tampoco había para humillarlo. delante de los demás. Desde el día siguiente, el mayor vendría de visita todos los días, vendría a cenar, a jugar la malilla. Llegaría el tiempo en que a él lo echarían a los cuartos de los criados y el soldadote quedaría en la casa”.

Cortaza no volvía de su estupor. Ya desde el día fatal vivía anidada en su pecho, como una víbora ponzoñosa, esa idea de infidelidad de su mujer,. ese torcedor de la existencia de un hombre, que le había robado la felicidad.

Díaz se paré delante de él con aire de seriedad burlesca.

-Puesto que usted lo quiere, déjelos que bailen. Si no le gusta, en su mano está impedirlo; no tiene más que sacarle la llave a su mujer y

dármela a mí. ¡ Buena la cueca que bailarían todos entonces!

-No le faltaré, cuento conmigo -se apresuró a contestar don Matías, esperando verse libre de tan terrible visitante.

-Eso es, cuento con usted, y usted cuenta conmigo. Yo sujetaré al mayor, que se estará aprontando para la zamacueca de esa noche.

VI

Al regresar del ministerio, Cortaza había encontrado a los de su familia bajando hacia la Alameda. Todos iban vestidos de gala. La hermosura de su mujer, ataviada de fiesta, rejuvenecida con el artístico peinado, con el brillo que la expectativa de la fiesta comunicaba a su rostro, lo hirió dolorosamente.

Ella iba, sin duda, a ver en el paseo al maldito mayor. Para él se componía con su mantilla de blonda prendida por una peineta monumental de carey; con sus largos pendientes de filigrana, con su más rico vestido.

-Tío, ¿qué no viene al tablado? -le preguntó Deidamia.

La felicidad la ponía cariñosa, la tomaba compasiva hacia el pobre hombre, siempre sumido en su tristeza.

-No, hijita; vayan ustedes.

La tempestad, en su pecho, siguió rugiendo mientras que caminaba hacia la casa.

El ejército había pasado ya los suburbios y se aproximaba a la Alameda. Las bandas de músicos de la guardia nacional, distribuidas en tablados a distancias convenientes, a lo largo de la carrera que debían recorrer las tropas, habían ya fatigado sus bríos con el himno de Yungay, cuando las primeras columnas de los triunfadores entraron en el paseo al son de un animado paso doble, tocado por la banda del batallón Carampangue, que marchaba a la cabeza del ejército. Un formidable grito de ¡Viva Chile! se elevó instantáneamente por los aires. Las manos aplaudían con frenético entusiasmo.

Una turba de muchachos y de hombres jóvenes había entrado en la Alameda, precediendo a la primera banda de músicos. Al frente de esa turba, los del tablado de don Guillén y los Estero reconocieron al ñato Díaz batiendo una bandera nacional, alborozado, en medio del cardumen de chicuelos que lo rodeaba. El ñato, con aire victorioso, inclinó su bandera delante de Deidamia y delante del tablado de don Guillén, enviándoles una sonrisa de juvenil alegría. La chica y los niños aplaudieron, lanzándole manojos de flores entre la lluvia

de millares de ellas que caían sobre la banda de músicos y sobre la tropa.

A mitad de la gran columna en marcha avanzaba sobre un brioso caballo de guerra el general en jefe del ejército restaurador, don Manuel Bulnes. Lo acompañaba, a su derecha, el presidente de la República. El más brillante Estado Mayor que jamás se hubiera visto en ninguna de las fiestas patrias le formaba escolta. Al verlo pasar, un trueno de voces resonaba en los aires, se sobreponía al toque de las bandas de músicos y subía al cielo en un clamoreo de ovación delirante.

En el momento de detenerse bajo el arco el joven general con el Presidente de la República y el numeroso séquito de su escolta, la orquesta prorrumpió con el solemne y acompasado coro de la canción nacional. Todos los circunstantes y el pueblo alrededor entonaron conmovidos:

Ciudadanos, el amor sagrado

De la patria os convoca a la lid.

Las tropas habían seguido desfilando con toda regularidad, pero con paso más redoblado que el de los primeros batallones.

Aunque con menos ardor, el público seguía aplaudiendo. Muchos, cansados ya de vociferar, se entretenían comunicando a los vecinos el nombre de los batallones que pasaban. El Pudeto, el Maipú, el Santiago. La familia Estero sabía que Emilio Cardonel llegaba de la campaña con el grado de capitán.

VII

Doña Manuela, rejuvenecida con los afeites y las galas de su traje, llamaba la atención de los paseantes por la natural majestad de su porte y la altivez serena de su frente. Al decir de las señoras que pasaban cerca de ella, la Mañunga Estero estaba en su día.

El ñato, mientras tanto, había continuado en paciente observación detrás del álamo donde asistía con Chanfaina al desfile de las últimas tropas. Viendo bajar de su tablado a la familia Estero, cogió con fuerza uno de los brazos del roto, que se mantenía inmóvil a su lado.

-¿Ves?, ahí se bajan todos, no los pierdas de vista. Ahora se ponen a andar para abajo y los ves bien. ¿Cuál es la señora que te he dicho? A ver, señálamela.

-Aquella grande, pues, patrón, la que va con mantilla blanca.

-Bueno, pues, ya es tiempo; yo voy a estar cerquita de ti; cuidado con irte a equivocar, porque te mato. Anda, anda, sin llamar la atención; yo te sigo.

Tras estas recomendaciones salía con Chanfaina del escondite y lo empujaba suavemente en dirección de la familia Estero.

Chanfaina, con la inclinación de la cabeza del toro que hace una embestida, se lanzó en la apretura. Gracias a la inclinación de su monstruoso rostro hacia el suelo, pudo deslizarse entre la gente que lo tomaba por un roto cualquiera. Así llegó a encontrarse, en dos o tres minutos, frente a las Estero. El ñato se había puesto a andar al lado de los Topín. Don Miguel iba todavía deplorando la triste ausencia de don Diego Portales de aquella fiesta, que consagraba la gloria de] grande hombre de Estado.

En ese instante se vio al feroz Chanfaina enderezarse. Levantando el pecho como un atleta pronto a medir sus fuerzas con un adversario, lanzóse, con los brazos abiertos, sobre la hermosa doña Manuela, cubriéndole el rostro de apasionados y ruidosos besos, antes que nadie hubiese tenido tiempo, ni suficiente presencia de espíritu, para separarlo de ella.

Un gran tumulto se produjo entonces con aquel salvaje cuanto inesperado ataque. Gritaba despavorida de humillación doña Manuela; huía chillando, enredándose en sus enaguas, Sinforosa; agitábase vociferando y sin darse cuenta de lo que ocurría, don Agapito; y, envueltos con los que bajaban los que subían la Alameda, aumentabase la general confusión, en la que ya no era posible que nadie hablase con calma.

VIII

Para el ñato, áquel era un gran día: Cortaza lo pondría en posesión de la llave del cuarto del zaguán. De ello le respondía el terror del marido de doña Manuela de ver llegar esa noche al mayor Quintaverde a su casa. Mas, para poder usar esa llave, el ñato sabía que le era indispensable poseer también la de la puerta de calle, sin la cual no podía entrar al patio. Don Matías se había negado redondamente a servirle para esto. La puerta de la calle sería abierta para dejar entrar al mayor Quinta-verde con el prometido de Deidamia y quedaría cerrada después de esto. Cortaza no habría osado ausentarse de la mesa de la cena y salir al patio en busca de la llave para darla a Carlos Díaz.

De temor de ser denunciado, Díaz no se habría tampoco expuesto a hacer la menor insinuación a ninguno de los otros habitantes de la casa sobre esa llave

indispensable. El previo conocimiento de esta dificultad lo había obligado a preparar el ánimo de los niños, el día anterior, en ese sentido, inventando una historia de volantines capaz de interesarlos hasta el punto de hacerlos ir en la noche para abrirle la puerta de calle. Decidió que daría sus instrucciones a Guillén y Javier apenas se encontrase con ellos en la huerta, según estaba convenido, para encumbrar la gran estrella de que había hablado en su conversación con don Matías.

En medio de esas meditaciones, no había perdido de vista, sin embargo, la carta que debía escribir al mayor Quintaverde, para evitar que asistiese en la noche al convite de doña Manuela. Ya había impuesto el día anterior a Cortaza de lo que sería el contenido de esa carta. Con detalles que daban a su ardid todas las apariencias de una denuncia de hechos verdaderos, Díaz escribió al comandante de policía una elaborada relación de un supuesto motín que debía estallar en Santiago al amanecer del día siguiente. Los conspiradores, oficiales y paisanos, todos hombres resueltos y con influencia en algunos cuerpos de la guarnición, debían reunirse en la noche en casa de uno de ellos, en la calle de San Pablo, para salir de ahí al amanecer a los distintos cuarteles, de los que otros conjurados del interior debían abrirles las puertas. La carta encarecía al mayor Quintaverde la necesidad indispensable de no confiar a subalternos, que podían estar cohechados por los revolucionarios, el cuidado de vigilar la casa y esperar las altas horas de la noche para prenderlos cuando se dispusieran a salir. Díaz señalaba una de las más distantes habitaciones de la calle San Pablo, a fin de que el mayor no tuviese la tentación de presentarse donde las Estero antes de ir a ocupar su puesto de vigilancia para ver entrar a los conspiradores. Después de dejar instrucciones a la criada de sus tías, de cuya fidelidad estaba perfectamente seguro, de manera que su carta llegase a manos de Quintaverde pasada la oración, Carlos Díaz aguardó el momento de trasladarse a casa de don Guillén, donde lo esperaban ansiosos los chicuelos para encumbrar la famosa estrella.

En la puerta de calle, Guillén y Javier lo esperaban impacientes. Desde la mañana habían observado las variaciones de la atmósfera.

El juego a los volantines, pasatiempo entonces favorito en todas las clases sociales de Chile, había alcanzado por aquellos días su más alto desarrollo.

De viva inteligencia y perseverante voluntad, Carlos Díaz había llegado a hacerse eximio en ambos ramos del juego predilecto de los santiaguinos. Hacía volantines incomparables, de todas formas y dimensiones, y sabía manejarlos con destreza consumada. Su fama, en el mundo de los aficionados, era extraordinaria para sus años.

El anuncio de que el ñato encumbraría una gran estrella en casa de don Guillén Cuningham al día siguiente de la entrada del ejército restaurador,.

declarado día feriado había puesto en movimiento a los más celebres en la capital por su habilidad en voltear las estrellas o las bolas más cautivadoras de volantines.

Delirantes de esperanza, con cabriolas de alegría, los muchachos siguieron al ñato a la pieza de la casa donde habían depositado la estrella. Era ésta de grandes dimensiones, de picos pintados con bermellón. No tenía aún ni tirantes ni cola. Díaz la había guardado así para que nadie pudiese encumbrarla antes que él llegara. Sacó de un armario, del que tenía la llave, una cañuela de enorme tamaño, en la que estaba ovillado el cordel que debía servir para encumbrar la estrella.

En la huerta, Díaz colocó cuidadosamente su estrella contra una de las tapias y llamó a los niños al banco donde se habían sentado el día anterior. Era todavía temprano y quería asegurarse de la cooperación de los chicos, a fin de estar seguro de tener aquella noche la llave de la puerta de calle.

-Sentémonos aquí un rato -dijo, es muy temprano todavía para encumbrar la estrella.

IX

Des de temprano, aquel día, Cortaza se había despertado con la opresión de un presentimiento amenazador. La promesa que le había arrancado Carlos Díaz de dejar la llave del calabozo del loco en un punto donde el joven pudiese tomarla en momento oportuno, le causaba un peligro al que ya le era imposible substraerse. En su soledad del ministerio, las horas parecían precipitar-se para acelerar la llegada de aquella hora en que debía dar cumplimiento a su promesa. Y esa hora lo sorprendió como un peligro inesperado, al verla, señalada por los punteros del reloj. Aunque desfalleciente, encontró fuerzas, sin embargo, para poner en orden los papeles diseminados sobre la mesa, para darse una ocupación que pudiera distraerlo del pensamiento velador que lo atormentaba.

En la calle todo era luz y movimiento. A medida que avanzaba hacia la casa, los grupos de gente que se dirigían a presenciar las comisiones se hacían más compactos y bulliciosos. A poco no tardó en encontrarse en plena turba agitada por la expectativa de la batalla que iba a trabarse. Al llegar a la puerta de la casa había ya resonado en sus oídos, en medio de los comentarios del pueblo, los nombres de los volantinos más afamados en Santiago, que habían venido a responder al desafío de la estrella de la casa de don Guillén. Inclinando la cabeza hacia el hombro con el movimiento que le era peculiar, Cortaza entró al patio y se dirigió a las habitaciones de la casa chica. Todo estaba allí silencioso: la familia se encontraba entre los convidados de la casa grande. Parecióle que el momento era propicio, y, con una resolución de que no se creía capaz, sacó la llave del escondite que le era conocido y la colocó a la entrada de las habitaciones en el punto convenido con el ñato. Tras esto, deslizóse furtivamente hasta la huerta solitaria, desde donde se puso a contemplar en su rincón favorito la animación del espacio poblado por numerosos volantines.

Las estrellas de gran magnitud, como era la de Díaz, no podían ser manejadas por la fuerza de un hombre desde que entraba en comisión. La roldana es un punto de apoyo para toda la maniobra. El cordel posado entre la rueda y el poste que la sostiene, le comunica el movimiento giratorio que permite, sea recogerlo, sea dejarlo correr cuando varias personas reunidas tiran de esa cuerda, como en una maniobra marinera.

Díaz dirigía la operación con autoridad. Los chicuelos y don Agapito, diestros en todos los movimientos que esa operación exigía, ejecutaron sus órdenes con militar precisión. En pocos minutos, el cordel fue pasado por la roldana, y la estrella, a medida que se le largaba, subía majestuosamente a una altura considerable. El ñato, penetrado de la importancia y de la responsabilidad que le cabían en la escena que se preparaba, no se atrevía a dar vuelta la cabeza para mirar a Deidamia. Sentía sobre él los ojos de la chica, oía su voz en el murmullo de las conversaciones de los espectadores, y se mantenía inmóvil, fijos los ojos en la lejana estrella, resuelto a empeñar el combate en el primer instante propicio.

El interés de los convidados aumentaba a medida que aparecían los combatientes. Conocedores todos ellos, hacían comentarios sobre los volantines más importantes, nombraban a los dueños según los colores de que estaban pintados. El de a seis, de cuatro pintas rojas, era indudablemente manejado por el Colorín, así nombraban a los demás aficionados, dirigiendo a veces advertencias a Díaz, para tenerlos en guardia contra las acechanzas de sus adversarios.

De repente cesaron todas las conversaciones. En el patio reinó un profundo silencio. La atención general se concentró en los volantines del Colorín y del tuerto, que se encontraban ya a la altura de la estrella. Apretando el cordel con las dos manos, rígido el cuerpo tras la roldana, Díaz con la profunda mirada fija en los enemigos allá a lo lejos, que subían, mostraba en su ademán la fría resolución de un luchador seguro de sus fuerzas. Al lado de la roldana don Agapito Linares, con una tetera llena de agua, estaba encargado de la importante

función de mantener mojado el cordel durante la carrera. Los que debían correr la estrella seguían inmóviles, pendientes de las órdenes del ñato.

Poco a poco el volantín de las pintas rojas, merced al impulso de los movimientos que le comunicaba tirateando el Colorín, llegó a encontrarse al lado de la estrella, amenazando darle una coleada.

La comisión estaba así empeñada.

La ansiedad entonces fue intensa. Todos contemplaban a la grande estrella y su osado adversario sin atreverse a hablar. La incertidumbre no podía, sin embargo, prolongarse. El volantín, mediante una súbita ladeada, que con maestra osadía le imprimió su dueño, logró levantar la cola de la estrella sin darle tiempo a burlar esa maniobra. Faltándole el contrapeso de la cola, la estrella dio entonces un vuelco precipitado como si fuese a hundirse irremediabilmente en el vacío.

La estrella, con efecto, después de describir en el aire una extensa parábola, en la que cogió de paso al volantín de la banda negra y a otro que por allí se hallaba, había empezado a remontarse, desafiando a sus enemigos, con sonoros crujidos, que pudieron oír distintamente los de abajo. Estruendosos aplausos estallaron entonces entre los convidados ante el cuadro que se les ofrecía a la vista. Cogidos en los garfios del cordel, los tres volantines, cautivos humildes, inofensivos ya, seguían a la estrella en su marcha triunfante. Con la tensión de la revuelta, el hilo del de las cuatro pintas se había cortado. El de la banda negra y el otro volantín corrieron la misma suerte. Antes de poder luchar, arrebatados por la estrella al levantarse de su revuelta, los hilos de uno y otro habían caído en los garfios, sin poder resistir a la tirantez del cordel que vanamente trataron de cortar tiranteando con desesperado esfuerzo. La victoria de la estrella era completa y superaba las más audaces esperanzas de su dueño. Los circunstantes no se cansaban de celebrar su consumada pericia.

-¡Viva Carlos Díaz! -gritaban hombres y mujeres, entusiasmados.

Pero, de repente, una exclamación de espanto sucedió a las aclamaciones del triunfo.

-¡Cortada!, ¡Cortada!

El cordel se había cortado cerca de la roldana.

La triunfante estrella, arrastrando a sus tres cautivos, se empezó a alejar, lentamente, en el espacio, con inclinaciones de ave herida.

El ñato, fuera de sí por tan inesperado contraste, soltó el cordel de la manos, y echó a correr hacia la calle.

¡Seguro que se la echaron con hilo curado!

Todos pensaron como Díaz en el hilo curado; es decir el hilo de alguno de los volantines en el que se hubiera puesto algún ingrediente capaz de cortar el cordel de la estrella. La verdadera explicación del misterio estaba en otra parte. Don Agapito Linares lo había anunciado a su mujer y a su cuñada, como una venganza con la que él lavaría a doña Manuela de la afrenta de la Alameda. Encargado de mantener húmeda la rueda de la roldana durante la comisión, don Agapito aprovechó el interés con que todos seguían los incidentes que iban corriendo, para verter el agua de la tetera al lado de la rueda, sin mojarla. El continuo roce del cordel con la madera la había recalentado de tal modo, que el cordel se cortó como si se hubiese quemado. Apenas vio don Agapito realizada su venganza, dejó caer un chorro de agua sobre la roldana, de manera que nadie pudo darse cuenta de su ardid.

La catástrofe no había privado, sin embargo, al ñato de su sangre fría. En vez de salir, desatentado, a la calle, precipitóse sobre la puerta de comunicación de la casa chica con el corredor del patio.

No había olvidado por un momento la promesa de Cortaza de dejarle tras esa puerta la llave del calabozo del loco.

Su alegría fue inmensa al ver que el archivero había cumplido su palabra. La posesión de la llave lo compensaba ampliamente de la penosa impresión que acababa de sufrir. En un segundo se apoderó del precioso instrumento y llegó casi sin haberse detenido a la ventana del cautivo.

-Don Julián, soy yo, Carlos Díaz. ¿Estará usted listo para la noche?

-Listo, hijo mío -respondió, como un eco lejano, la voz de adentro.

-Bueno, pues, no se descuide; hasta luego.

Siguió después corriendo hacia la calle. Sus ojos se dirigieron, ansiosos al oriente. Sin detenerse, pudo ver su hermosa estrella bajar con lentitud, balanceándose al capricho del viento, semejante a una embarcación abandonada. Abajo, oprimiéndose y empujándose, una turba de pueblo, apiñada, levantaba sus manos en el aire, esperando su presa.

El ñato se lanzó a disputar los despojos de su propia estrella.

X

En el huerto, a esa hora, el prolongado crepúsculo de nuestras tardes de verano dejaba caer, lentamente, sobre plantas, árboles y flores, su sedativa

melancolía. Un zorzal entre las ramas, silbaba, en notas cadenciosas, la tristeza de las sombras-invasoras.

Deidamia, sobrecogida por esa música agreste, por ese adiós de los pajarillos a la agonía de la luz, sintió un súbito temor:

“¿Si no viniese?”

¿Por qué se inquietaba así cuando sabía que, en esa misma noche, otro galán, el apuesto oficial, vendría a hablarle de amor?

Casi con miedo, vio de repente aparecer, sobre la barda, la cara del muchacho, y oyó su voz que le decía:

-Mira, linda, si no te hubiese encontrado aquí, me habría tirado a tu jardín, cabeza abajo. Aquí tienes la prueba de tu traición. Tu padre era el encargado de echar el agua durante la comisión. Como nadie lo miraba, dejó la roldana seca. Eso se ve en la muesca que le hizo el cordel. Don Agapito puede dar gracias a Dios de que es tu padre, porque, sin eso, ya habría ido a tirarle de las orejas, para enseñarle a que no sea traidor. Pero ahora, en vez de enojarme con tu padre, le agradezco lo que hizo. Sin eso no tendría la felicidad de verte.

-¿Y cómo sabías que yo estaba aquí?

-No lo sabía ni lo esperaba; pero el corazón me decía que viniese, porque si no te encontraba, vería por lo menos algo de ti; vería tu jardincito, las flores que tú cultivas, las plantas que te besan los pies, y les podría decir lo que te quiero, sin que se riesen de mí como tú.

-¡Qué empeño de decirme que me quieres! Hablemos de alguna otra cosa.

-Contigo no puedo hablar de otra cosa -replicó el mocito-, porque es en lo que pienso a toda hora, y menos aun en este momento, en que sé que esta noche vas a ver a tu prometido.

-Mi prometido no me importa.

-¿Quieres darme una prueba de que no te disgusta estar conmigo?

-No quiero darte prueba ninguna. Créeme, si quieres -contestó ella, sin encontrar la fuerza de reírse del mozo como antes.

-Es muy sencillo lo que voy a pedirte -insistió él, exigente-. Tú vas a cenar esta noche con el oficialito: dame una prueba de que no lo quieres. Sal un momento del comedor y ven por un minuto al patio; yo te esperaré ahí. Sólo de verte un instante me convenceré de que me prefieres a mí.

Esta vez Deidamia creyó que el muchacho divagaba.

-¡Jamás haría eso! ¡Qué disparate!

Porque no te importa que yo sea desgraciado- dijo el en tono de reproche

-¡Sí me importa!, ¡si me importa!; pero no me pidas que haga locuras. Ten paciencia y confía en mí. Adiós, hasta mañana; ven aquí y hablaremos. No creas que yo le haga ningún caso a Emilio. Vaya, ¿estás contento? Adiós, adiós -exclamó, echando a correr hacia la puerta, sin querer oír las palabras con que el ñato, abismado de tanta dicha, trató de detenerla.

Deidamia, al volver de la huerta, encontró a su madre y a su tía ¿completando, con minuciosa prolijidad, los aprestos de la cena.

Del otro lado, en la casa grande, las complicaciones de la situación creada por los proyectos del ñato Díaz envolvían a los dos chicuelos de don Guillén. De vuelta de la calle, el joven se presentó a sus amiguitos trayéndoles, como un trofeo de la desgraciada batalla, el largo trozo de cordel que había podido arrebatar a la chusma. Guillén y Javier vibraron de indignación cuando el mozo les hubo explicado, mostrándoles el cordel y la muesca que su roce había hecho en la roldana, la perfidia de don Agapito.

Esta revelación, que tomaba a los ojos de los niños las proporciones de una maldad imperdonable. De este modo, al retirarse, el ñato Díaz podía contar como segura la inocente cooperación de sus dos amiguitos.

XI

Para los infantiles conspiradores había llegado la hora crítica. El ruido de los pasos en el patio se perdió tras la puerta del corredor. Sin mirarse entre ellos, por no ver pintado el temor en sus rostros, los niños esperaron que pasasen algunos instantes. “Alguien podría salir al patio antes de que principian la cena”. Pero luego cobraron ánimo, y, andando en puntillas, atravesaron dos piezas y llegaron al patio

-Eso se llama ser muchachos valientes -les dijo, en voz apenas perceptible, acariciándoles cariñosamente la cabeza.

Persiguiendo Guillén su idea de conciliar la verdad de lo que había dicho a la mamá, con la promesa ya cumplida al ñato, dijo en voz baja:

-Ahora vamos a asomarnos a ver a Emilio Cardonel.

-No; es peligroso, mejor que no vayan -objetó Díaz.

-Sí, mejor es que nos vayamos a acostar -opinó Javier, que ansiaba verse en seguridad, después del arriesgado paso que acababan de dar.

Los chicuelos se deslizaron en silencio y desaparecieron tras la puerta por

la que habían salido.

Encontrándose solo en la oscuridad, Díaz sintió la inquietud que debe experimentar uno de los sitiadores de una plaza fuerte al penetrar en ella mediante la connivencia de alguien del interior:

Abrir inmediatamente la puerta al prisionero había sido siempre su pensamiento invariable. Mas, en ese instante, el re-cuerdo de lo que había pedido a Deidamia cruzó su imaginación como una luz repentina.

“¿Vendría ella a buscarlo, a pesar de la negativa con que había recibido su proposición? La duda lo detuvo algunos segundos, indeciso. Mas pronto desechó su vacilación. “Seguir esperando era comprometer locamente el éxito de su tentativa”.

Acercóse, entonces, a la puerta del calabozo y, con estudiada precaución, torció la llave en la cerradura. Evitando hacer ruido, abrió con viva emoción la puerta. Dos brazos que temblaban le rodearon el cuello; una voz sofocada le murmuró al oído.

-¡Oh!, ¡ mi salvador! ¡ Mi ángel tutelar! Dios te bendiga.

Un enternecimiento inmenso resonaba en esas palabras entrecortadas y casi sollozantes.

Juntamente con el abrazo sintió Díaz que el cuerpo del que hablaba se apoyó con pesada presión contra el suyo, como si desfalleciese.

-¡Vamos, don Julián, valor! No hay que desmayarse, o estamos perdidos.

-¡Ya se pasó, ya se pasó, amigo! ¿Qué quiere, pues? El gusto de verme libre casi me mata.

A pesar de su entereza natural y el vigor juvenil de sus nervios, el mozo se sintió conmovido. Mas, al momento supo dominar su sensibilidad.

-Tome, don Julián, póngase este poncho y esta chupalla y vámonos andando ligerito.

Había traído esas prendas para que don Julián pudiese andar en la calle sin llamar la atención de los serenos o de los transeúntes que encontrasen.

Don Julián se puso la manta.

-Vamos, pues, vamos andando -añadió, al ver que aquel antiguo capitán no se movía.

-Amigo, perdóneme si no le obedezco inmediatamente -dijo don Julián-; pero no puedo irme antes de dar gracias a Dios, ahí, de rodillas, en medio del patio de esta casa que es mía y sin haberme asomado siquiera al que fue mi cuarto hasta el día en que me encerraron.

ojos del que hablaba. El propósito de don Julián ponía en tremendo peligro el éxito de su empresa, en la que se creía ya victorioso.

-¡Esa es una temeridad, don Julián! -exclamó con vehemencia-. Si lo ven, todo está perdido, y volverán a encerrarlo para toda la vida.

-No tenga miedo, nadie me verá; yo conozco todos los rincones de esta casa que me quieren robar. Pierda cuidado. Yo soy el que tengo mayor interés en que no me vean ni me sientan, ¿no es así?; pero por nada me iré sin asomarme al que era mi cuarto. Ahí dejé una Virgen, a la que he pedido durante mi cautiverio que me hiciese el milagro de darme la libertad. ¡Y el milagro está hecho!

Abismado de sorpresa y de espanto, Díaz no se atrevió a insistir. La voz de su protegido acusaba una voluntad indomable. El triste pensamiento de que había dado libertad a un loco se convertía para él en una tremenda certidumbre.

Tomando un acento afectuoso, el capitán añadió.

-Vea, amigo; vaya a espérame en la puerta de calle. En menos de un minuto me tendrá de vuelta y entonces me llevará usted donde quiera; le obedeceré como un perro; pero no vuelva a decirme que no vaya.

-Bueno, pues, iré a esperar; pero cuento con su promesa.

XII

Doña Manuela que hasta entonces había abrigado la esperanza de ver entrar al comandante Quintaverde, se decidió a empezar la cena.

-Vamos a cenar -dijo, sin dirigirse a nadie particularmente.

Los demás la siguieron. Don Agapito se quedó atrás, esperando que Emilio se quitase la espada. En seguida condujo al joven a una silla, que había reservado expresamente al lado de Deidamia.

-¡Con qué ansias esperaba este momento! -dijo el mozo a la chica en voz baja, al sentarse, tratando de que sus ojos fulgurasen con rayos incendiarios la impaciencia del enamorado.

-Si está tan ansioso, coma, pues; para eso nos hemos sentado aquí- le sonrió con picaresco acento la muchacha.

Don Agapito, entretando, quería evitar que desmayase el interés de los circunstantes por la relación de la campaña, en la que cabía parte tan conspicua al huésped de la noche.

A su vez, don Matías aparentaba tomar parte en la alegría de los otros, por calmar la punzante inquietud de que se hallaba sobrecogido desde que Emilio había dicho que Quintaverde vendría más tarde. La neurastenia le crispaba los nervios, exagerando los fantasmas de su espíritu. Su risa había sido descompasada; una mezcla de miedo de ver aparecer al hombre odiado, y la vengativa satisfacción, al mismo tiempo, de leer en el rostro de su mujer la sorda tortura que en ese instante le oprimía el corazón.

Mientras tanto, el loco había entrado a tientas en el cuarto ocupado por su hermana mayor, su propio dormitorio hasta el día de su encierro. Don Julián conocía la pieza palmo a palmo. Por el tacto fue precipitadamente dándose cuenta de que sus muebles ocupaban el mismo sitio en que los había visto por última vez. Sus manos recorrieron con un respeto enternecido el marco de una imagen quiteña de la Viregen del Carmen, obra del maestro Salas, a la que había dirigido desde la niñez todas sus plegarias en las tribulaciones de su vida. Esa devoción había sido el sostén de su alma durante los largos días de cautiverio. La imagen estaba allí. Con los dedos, suavemente aplicados sobre la tela, pudo darse cuenta de los detalles familiares de la pintura. En la oscuridad de la estancia y en la confusión fantástica de sus ideas, aquello de encontrarse al pie de su protectora celestial tomó en su espíritu la realidad de un milagro. Abismado de humilde gratitud, cayó de rodillas, en una reverente acción de gracias. Sentía arrullada el alma por un soplo de paz indefinible. Pero esa sensación no borró de su mente la promesa que acababa de hacer a su libertador. Apresurado, púsose de pie y salió del dormitorio. Al encontrarse a la entrada del pasadizo, las voces y las risas de los que cenaban llegaron distintamente a sus oídos. Operóse entonces una violenta conmoción en su cerebro. La atmósfera de paz que le circundó el alma durante la corta plegaria parecióle ahora abrasada por las llamas de un voraz incendio. En su oscuro pensamiento brillaron de nuevo los resplandores del odio, que acababa de sentir milagrosamente apagado por la intercesión de la Virgen. La antigua violencia, que más de dos años de sufrimiento no habían bastado a dominar, le inundó de hirviente sangre el cerebro.

Ya no pensó en la promesa hecha a Díaz ni en el riesgo de ser descubierto. Todas sus facultades parecíanle concentradas en el punto de donde salía el ruido 'de conversaciones y de risas. Sin percibir distintamente las voces, ese ruido se le figuró un coro de sarcasmos y de burlas en aquella fiesta, celebrada a sus expensas. Ofuscado por la cólera, deslizóse del pasadizo a la sala de recibo. Agachándose para no ser visto al través de la vidriera del tabique. Conservaba

en su agitación el instinto cauteloso de los hombres acostumbrados a la guerra.

Al pasear en torno maquinalmente la vista, en una mirada que tuvo apenas la duración de un relámpago, sus ojos divisaron la espada que el capitán Cardonel había dejado sobre una silla, antes de entrar al comedor. Instintivamente, Estero se apoderó de esa arma y la desenvainó con el ademán marcial de sus mejores tiempos. Desdeñando ya ocultarse, incorporóse con arrogancia y se puso de pie en medio de la puerta entre la sala y el comedor.

Un grito agudo resonó en la casa. El grito fue lanzado por ña Gervasia. Al entrar al comedor con una fuente, la criada había visto, la primera, a don Julián, como siniestra aparición de los cuentos de duendes.

Entre los que cenaban, un pánico instantáneo puso lívidos todos los semblantes. Mirando al loco con espanto, nadie se atrevió a hablar. Pasado el primer momento de estupor, doña Manuela recobró en parte la serenidad de su innata energía. Sus ojos y los de su víctima se encontraron con la chispeante fulguración de dos espadas que chocan. Ella tuvo el valor de hablar la primera:

-¿Cómo que te encuentras tú aquí? ¿Qué buscas?

La arrogante señora se había esforzado por dar a su voz una entonación de altanera superioridad.

Las facciones de don Julián se cubrieron de vivo encarnado; sus ojos tuvieron el destello sombrío de los del león que desafía a su domador, y su voz resonó gutural, exasperada:

-¡Ah!, ¿qué busco? A ti, malvada, te busco...

Y al mismo tiempo que pronunciaba con furia esa respuesta, lanzóse sobre su hermana y le asestó un tremendo golpe con la espada sobre la cabeza.

-Toma; toma -vociferó al dar el golpe-, eso es lo que mereces.

Doña Manuela, con alarido de dolor y de espanto, cayó sin sentido sobre su silla, de la que se había levantado con aire de reto, pensando amedrentar a su hermano. Un reguero de sangre le inundó el cuello. En el momento fugaz del rápido incidente, ninguno de los que se sentaban a la mesa tuvo tiempo de moverse. La sorpresa y el terror los paralizaron. El instinto de la propia conservación los replegó sobre sí mismos, haciéndose pequeñitos, como el que se figura desviar de sí, encogiéndose, el rayo que debe seguir al relámpago. Don Agapito, maquinalmente, se deslizó de su silla bajo la mesa, ña Gervasia, tras su grito, había salido a carrera del comedor, llamando a su hijo en su protección. Los demás, el rostro exangüe de espanto, miraban paralizados al loco.

Tras el furioso golpe del filo descargado sobre doña Manuela, el loco paseó

una mirada de provocación y de triunfo alrededor de la mesa.

-Si alguien se atreve a seguirme -vociferó con acento de amenaza-, tendrá la misma suerte.

En el silencio pavoroso, la voz resonó fatídica y destemplada: una voz de hombre inconsciente, llegado al paroxismo de su furiosa excitación, sin que nadie se atreviera todavía a moverse. Don Julián salió de la sala, provocador; atravesó el patio con precipitada marcha y llegó a caer en los brazos de Carlos Díaz, como si las fuerzas le faltasen

-Sujéteme, amigo. ¡Las piernas me flaquean! ¡Tanto tiempo sin andar!, ¡que quiere!

El ñato sacó un pequeño frasco del bolsillo y, quitándole la tapa, puso el gollete en los labios de don Julián.

-Eche un trago de anisado, don Julián, eso le dará fuerzas.

En sus meditaciones sobre la fuga que preparaba, Díaz había previsto que su protegido tendría, probablemente, necesidad de un cordial, para estimular su vigor debilitado por su larga inmovilidad y por la falta de aire libre.

Mientras bebía don Julián, el ñato vio en su mano el arma con que acababa de herir a doña Manuela.

-¿Y esa espada?

Estero, repuesto ya por el aguardiente:

-Es la del oficial, después le contaré; vamos andando -contestó entre dientes.

Figurábase que los del comedor, recobrando el ánimo que les había faltado, iban a salir al patio; Díaz, no menos impaciente, pasó su brazo bajo el brazo de don Julián.

-Eso es, vamos andando; afírmese bien de mí; pero deje esa espada, don Julián, eso es un estorbo, y si alguien nos encuentra en la calle, creará que andamos armados y que somos gente sospechosa.

-¿Y si nos persiguen? ¿Con qué quiere que nos defendamos?

-Con lo puños, y así no haremos averías, mientras que con la espada podríamos herir a alguien-. Y azorado agregó-: Ligero, paso redoblando antes que vengan a tomarnos.

Al hablar así el ñato arrastraba a don Julián fuera de la casa.

La trágica escena del comedor no había durado más de algunos minutos. Instantáneamente, a la salida del loco todos parecieron despertar del estupor con que el pánico los había anonadado y se precipitaron en auxilio de doña Manuela.

XIII

Llegaban a casa de don Miguel Topín.

-Esta es la puerta -dijo el joven, deteniéndose-; voy a golpear, y cuando nos abran, entraremos los dos al patio. Usted me esperará ahí; yo iré a hablar con don Miguel.

El criado que respondió al llamamiento de Díaz lo reconoció al abrir la puerta.

-Este caballero es un amigo de don Miguel -dijo el joven al sirviente-llega del campo y quiere hablar con él ahora mismo.

-Le voy a avisar al patrón, don Carlitos.

-Yo iré con usted y dejaremos a este caballero que espere aquí un ratito.

Don Miguel y doña Rosa estaban todavía en pie cenando con algunos fiambres y un plato de aceitunas.

El criado entró en la pieza seguido de Carlos Díaz.

-Don Carlitos, señor, que quiere hablar con su merced.

La súbita extrañeza que se pintó en el rostro de los cónyuges acusaba un violento sobresalto en la existencia igual y metódica de estos dos seres ajenos a las agitaciones mundanas.

-Mira, Miguel, ésta es alguna travesura de quiere jugamos el ñato. Don Miguel miró al joven con una sonrisa forzada.

-¿Cierta hombre?

-No, señor, no es travesura; vengo a pedirle un servicio.

Doña Rosa notó el cambio del visitante y quiso manifestarse agradable:

-Siéntese, Carlos; ¿no quiere tomar alguna cosa? -le dijo.

-Si quiere, cenaremos primero -dijo Topin, imitando la amabilidad de su mujer.

-No, señor; ante todo hablaremos de mi asunto.

Con pocos preámbulos hizo de la fuga de don Julián, sin dar grandes pormenores sobre los preparativos de la aventura y guardándose de hacer la menor insinuación a la trágica escena del comedor.

-¿Nadie sospechó que don Julián se arrancaba? -preguntó don Miguel.

-No sé; en todo caso nadie nos siguió.

-Primero a casa para que se mudase de ropa, y después me vine aquí con él, ahí está en el patio esperando.

Don Miguel y doña Rosa, sin levantarse, espantados, remecieron su gordura sobre las sillas que ocupaban, como si oyesen el estampido de un cañonazo dentro de la pieza.

-¡Hombre, qué está hablando, por Dios! -exclamó Topín, poniéndose lívido.

-No es cierto, Miguel; no le creas. El ñato viene a jugarnos alguna pegata -exclamó la señora.

-¿No me cree, doña Rosa? Aguárdese no más un poquito.

Atónitos, los esposos vieron al mozo dejar su asiento y dirigirse a la puerta de la pieza, repitiéndoles:

-Van a ver si es cierto.

-¡Venga, don Julián, venga no más, aquí lo esperan!

Al proceder de esta suerte, el mozo obedecía al espontáneo impulso de su juvenil irreflexión.

Los esposos permanecían incrédulos.

-Entre, don Julián -dijo alentando con la voz y con el ademán a su protegido-; aquí encuentra al señor don Miguel y misiá Rosita, que tienen mucho gusto de recibirlo- Y agregó risueño: ¿No le decía yo? ¡Si son tan buenos!

Dirigiéndose entonces a los dueños de la casa, aturridos con tan extraña situación, repuso:

-Vean, pues ¡quién no se compadecería del pobre don Julián! Yo estaba seguro del buen corazón de don Miguel y de misiá Rosita.

La actitud del fugitivo era profundamente lamentable. Habíase quedado en la puerta sin atreverse a entrar. Con sus largos cabellos y su barba enmarañada, con el profundo mirar de sus ojos perdidos en las órbitas como luces lejanas, aquel náufrago de la vida parecía implorar, en medio de terrible incertidumbre, la confirmación, de parte de los dueños de casa, de las palabras del joven.

El ñato pensó que sin un golpe de audacia todo podía perderse. “Yo les he de forzar la mano a estos dos gordos miedosos”, se dijo, decidido a quitarles hasta la posibilidad de una negativa.

-Hábleles, don Julián, para que vean que usted no es loco -dijo a Estero y que les ha de agradecer el buen corazón con que lo reciben.

El fugitivo dio algunos pasos, entrando a la pieza.

-¿Es cierto que ustedes se compadecen de mí? -preguntó con voz suplicante a los dueños de casa- benditos sean entonces, porque me harán reconciliarme con mis semejantes.

-Siéntese, señor -le dijo; emocionada, doña Rosa.

Don Miguel, al mismo tiempo, se levantó casi con agilidad y pasó una silla a don Julián.

-Aquí tiene un asiento -le dijo, con obsequiosidad.

Ufano del éxito de su tentativa, Díaz, levantó la voz con franca alegría:

-¿No ve, don Julián, qué le decía yo? ¿Cómo le habían de negar asilo siquiera por esta noche?

-Yo agradezco en el alma al señor don Miguel y a la señora. Espero que sólo sea por esta noche y mañana solamente que los molestaré con mi presencia.

La sinceridad de la voz y la discreción de la frase aumentaron la confianza de doña Rosa.

-No es molestia, señor -dijo con voz amable.

Don Miguel hizo eco:

-Por supuesto, no es molestia.

El ñato se aprovechó de la forzada benevolencia de los dueños de la casa para dejar claramente establecida la situación y asegurarles que ni Estero ni él abusarían de su hospitalidad.

-Yo traje aquí a don Julián -explicó- porque sabía que usted, don Miguel, es un caballero y que misía Rosita es la bondad misma. Con tal que ustedes lo alojen ahora, yo les prometo que mañana en la noche vendré a buscarlo y así no tendrán nada que sufrir por su caridad.

-Oh, si; lo haremos con mucho gusto -dijeron a un tiempo los Topín.

Pero, en el fondo, ambos se sentían anonadados. Negarse, les parecía ocasionado a irritar la locura del intempestivo huésped. Instintivamente trataban de aproximar sus sillas para protegerse si don Julián llegase a dar señales de perder repentinamente el juicio. Poco a poco, sin embargo, el ñato consiguió tranquilizarlos.

Díaz explicaba al mismo tiempo lo que en el camino habían acordado con Estero. El iría aquella misma noche en busca de Onofre Tapia, el antiguo asistente de don Julián, y lo instruiría de lo ocurrido, pidiéndole que viniese en el día a ponerse de acuerdo con él para llevarlo a lugar seguro, hasta ver la marcha que seguirían los acontecimientos.

XIV

El ñato decíase que era muy aventurado llegar solo a su casa. “No era improbable que la policía, advertida por alguien de la casa de los Estero, hubiera puesto gente en observación para prenderlo”. La voz de un sereno, que en ese momento lanzó al aire su invocación a María Purísima para anunciar que eran las doce, le hizo sentir que no estaba tan solo ni tan desamparado como se lo figuraba. El grito había resonado no lejos de él y le fue fácil llegar hasta donde se encontraba el nocturno guardián.

-¡Quién vive! -lo interpeló el sereno.

-Amigo, hombre. Vengo a ofrecerte un cigarro y un trago.

-Hable, pues, ¿para qué me quiere?

-Te voy a contar, pero prendamos un cigarro primero. Sacó de su bolsillo un mechero y una cigarrera que pasó al soldado.

Este acto desarmó la suspicacia del sereno y dio tiempo a Díaz para improvisar un cuento que lo llevara al propósito con que se había dirigido a él, en vez de llegar directamente a su fin.

-Yo te ofrecí un trago de anisado y cumplo mi palabra -dijo pasando al soldado el frasco de que se había servido para entonar las fuerzas desfallecientes de don Julián Estero.

Y para disipar toda sospecha, el ñato había empezado a beber el mismo. El sereno no vaciló en aceptar y bebió un largo trago.

-¡Superior! -dijo, chupándose los labios al devolver a Díaz lo que hubiera querido dejar para sí.

-Bueno, pues, ahora te voy a decir por qué he venido a platicar contigo. Yo vivo aquí cerquita con dos tías viejas que no me dejan salir de noche. Unos amigos me convidaron a un picholeo, en la calle de Gálvez. Cuando eché de ver que las tías se habían acostado después de rezar el rosario, me salí calladito, dejando junta solamente la puerta de calle, pero con la intención de volverme temprano, de miedo a los ladrones. Con la zamacueca y con el *gloriao* todos nos achispamos luego y las chinas también. Échale *zamacueca* y *sajuriana* y *échale gloriao* y mistela. Así se nos pasó la noche. Cuando me vi solo aquí en la Alameda ¡vaya con el miedo grande que me dio! ¿Y si hubiera ladrones?, serían capaces de darme de puñaladas, qué me decía yo. En esto oí que ha de ser valiente como buen soldado, va a sacarme de apuro. Le pido que tu Ave María Purísima y me volvió el alma al cuerpo. Este sereno, me dije, me acompañe a casa y le doy cuatro reales también por el servicio. Por eso

vine, ¿no ves?, ¿qué te parece?

Los cuatro reales, la tercera parte de su salario mensual, brillaron como un meteoro deslumbrador en la ambición del sereno.

En corto rato se encontraron frente a la casa de las Lizarde.

-Ahí enfrente, ¿no ves? -dijo el joven, mostrando la casa baja y de poco frente donde habitaba con sus tías.

En la oscuridad, apenas alcanzaba a divisar la puerta de calle. La ventana del cuarto de Díaz semejava a una mancha vaga sobre el blanqueado de la pared.

-No nos movamos de aquí para ver si nadie se acerca a la casa. Carlos Díaz paseaba una mirada exploradora en torno suyo y sobre cuanto su vista podía abrazar del ancho espacio de terreno comprendido entre la línea de las casas y la hilera de álamos, donde se había detenido. Todo estaba tranquilo. Hacia la izquierda, a lo lejos, en dirección a la cordillera, una sombra apenas perceptible, al pie de los álamos, detuvo por un instante la mirada del joven, sin causarle inquietud. Era el asistente que Quintaverde había apostado en observación con orden de aprehender a cualquiera que viese salir de la casa de las Lizarde.

Al fin de un rato, Díaz habló en voz baja al sereno:

-No se ve nada; pero eso no quiere decir que no puedan haber entrado ladrones en la casa. Nos vamos a acercar a la puerta. Yo me quedaré afuera y tú entrarás con tu sable. Si ves que hay alguien en el patio, sales ligerito y te pones a pitear pidiendo auxilio.

El sereno aprobó este plan.

-Bueno, pues, patrón; pero me da los cuatro reales.

Díaz sacó dos monedas de a dos reales cada uno y las puso en manos del soldado.

-Aquí tienes, ya ves que soy hombre de palabra.

El sereno avanzó, resueltamente. El propósito de Díaz era ponerse en salvo si la entrada del sereno a la casa provocaba al interior algún movimiento, indicio de que había gente apostada para prenderle.

La puerta de calle, junta solamente, cedió a la presión del sereno. Abriéndola apenas, el hombre se deslizó dentro del zaguán. El cabo de policía que esperaba allí de facción cerró la puerta precipitadamente sobre el que entraba.

-¡Alto ahí!, *dése a preso* -le dijo abalanzándose sobre él.

Díaz oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Su ardid revelaba la presencia de gente esperándolo dentro de la casa. Riéndose del aprieto en que dejaba al

Mas, al mismo tiempo que empezó la carrera, un hombre a caballo se desprendió de la sombra de los álamos y se lanzó hacia él con tal velocidad, que en pocos segundos el mozo vio cerrado el paso por el que llegaba blandiendo el sable y diciéndole con imperiosa voz:

-Alto, párese y dése a preso.

Era el asistente de Quintaverde. Había visto adelantarse a Díaz y al sereno hacia la puerta. Observando que uno de ellos entraba en la casa mientras que el otro hacía ademán de huir, lanzóse a carrera tendida sobre este último

El joven era demasiado valeroso para amedrentarse con la orden que le intimaba el asistente. Usando de su vigorosa actividad, empezó a hacer lances al jinete, sin interrumpir su carrera. El soldado arremetía ordenándole detenerse, saltando a derecha e izquierda para burlar las embestidas del caballo. Antes de dos minutos llegó así a la primera hilera de árboles.

Antes que éste hubiera conseguido llegar al árbol tras el cual se guarecía el mozo, ya él había corrido a otro, como en el juego infantil de "las cuatro esquinas", y desafiaba desde ahí con chuscadas y con burlas a su perseguidor. En esas maniobras de agilidad y de audacia Díaz iba avanzando metódicamente en dirección al Oeste.

Su propósito era alejarse con la mayor rapidez que fuese posible de la casa de su tías, de donde podría el asistente de Quintaverde recibir refuerzos de gente de a pie, que haría entonces peligrosísima la lucha. También pensó al cabo de poco rato que estaría mucho más al abrigo de los ataques del soldado poniendo entre éste y él la ancha acequia que separa, por ambos lados de la Alameda, las avenidas laterales de la central del paseo. En uno de los lances con que esquivaba la persecución, en vez de dar la vuelta del árbol que lo escudaba, Díaz con un movimiento rápido, se lanzó por la tangente al través de la avenida lateral y, pasando de un salto sobre la acequia, buscó el refugio del árbol más inmediato, antes que el soldado hubiera notado la estratagema. Furioso de verse así burlado, el hombre lanzó inmediatamente su caballo contra el fugitivo, buscando uno de los puentes de losa que de trecho en trecho servían al pasaje de la gente de a pie; pero en ese rápido cambio de dirección, lanzado el animal a carrera, sus herraduras resbalaron sobre la pulida superficie del puente y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo, arrastrando al infeliz jinete en su caída.

Sin parar para darse cuenta de las consecuencias de esa caída, emprendió la carrera hacia la calle de Duarte, donde no tardó en desaparecer en la oscuridad de la noche.

puso a caminar con tranquilidad y tomó el camino de la habitación de Onofre Tapia.

Profundamente dormido, Tapia tardó un buen rato en abrir al visitante, después de asegurarse, por un diálogo al través de la puerta, que era en realidad Carlos Díaz el que llamaba.

-Confíese, ño Tapia, que no me esperaba -le dijo el mozo al ver al hombre plantado delante de él, iluminándole el rostro con la vela que tenía en la mano.

-Así es, pues, ¿Qué le ha pasado, don Carlitos?

Díaz le refirió lo que acababa de ocurrirle.

-Y entonces, ¿qué va a hacer, don Carlitos?

-Primero me voy a acostar, porque tengo sueño, y después veremos mañana.

-Aguárdese un poquito, yo voy a hacerle una cama.

-Voy a dormir como un tronco -dijo el ñato, acostándose; -apague la vela y buenas noches.

Muy temprano Onofre Tapia despertó con el ruido que hacía el mozo para vestirse.

-¡Qué madrugador, don Carlitos! -le dijo, levantándose también.

-Tengo que ir a ver lo que sucede por allá en mi casa.

-¿Y silo están aguardando para tomarlo preso?

-Me tomarán, pues. Ahí se convencerán -repuso el joven- de que no tienen por qué tomarme preso.

-¿Y qué le digo a mi capitán, cuando vaya a verlo ahora?

Después de una ablución sumaria, volvióse risueño hacia el agente de policía.

-Ahora estoy como lechuga, y me va a dar papel y pluma.

Tapia lo instaló delante de una mesita de madera blanca, de cuyo cajón sacó lo que el mozo le pedía.

Este se puso a escribir:

“Señor comandante de policía, don J. Quintaverde:

Anoche, al entrar a casa me arranqué, porque vi que había gente en el patio, y creía que eran ladrones. El paco de a caballo que salió a sujetarme me hizo conocer que esa gente era policía. Yo no sé qué tienen que hacer conmigo. Ahora me vuelvo a casa: si me necesita, allí me encontrará.

Carlos Díaz”

“Señor don Julián Estero:

Le mando la presente con Tapia, que me promete que va a esconder a usted de tal suerte, que no podrán tomarlo. Ahora me vuelvo a casa, porque en la calle podré servirlo mejor que si me escondo. Si me toman preso, no se alarme. Nada me pueden probar y tendrán que dejarme libre. Cuento con su promesa de obedecerme. Con Tapia le mandaré decir todos los días lo que convendrá hacer Estoy seguro de sacarlo bien; tenga confianza en su amigo.

Carlos Díaz”

Puso la primera carta en su bolsillo con intención de mandarla desde su casa, según fuese la situación, y entregó la segunda al agente de policía para que la llevase a su destino. Metódicamente le explicó en seguida dónde y cómo debían verse todos los días para conservar la comunicación con Estero.

-Si me llevan a la cárcel -concluyó-, ahí me irá a ver. Como usted es de la policía, nadie le impedirá hablar conmigo.

XV

Poco tiempo después de esta escena, Onofre Tapia entraba en casa de las Lizarde, en busca de Carlos Díaz. Con los ojos encendidos por el llanto y el rosario en la mano, la mayor de las tías refirió a Tapia lo que acababa de acontecer.

-Es seguro que lo han llevado a la cárcel -dijo la afligida señora- ¡ Si usted pudieses ir a hablar con él! Dígale que nos mande avisar lo que necesite y qué empeños quiere que hagamos para que lo suelten, Como no se nos figuraba lo que iba a pasar, no se nos ocurrió hablar de esto.

Sin esperar a seguir oyendo las dolencias de las dos tías y de la criada, que se habían reunido a su alrededor, Tapia salió de la casa y tomó a paso largo el camino de la Plaza de Armas, donde se encontraba la cárcel pública.

Había empleado el tiempo, después de separarse de Díaz, en busca de un asilo seguro para conducir allí, a favor de la noche, a don Julián Estero, con quien acababa de tener una corta entrevista en casa de los esposos Topín. Don Julián se mostró, al oír a Tapia, vivamente impresionado por la aventura de Carlos Díaz.

Onofre Tapia lo impuso entonces de los pasos que había dado en la mañana para buscarle un refugio donde estuviese en perfecta seguridad. Su empleo

de confianza en la policía daba a Tapia grandes facilidades para conseguir el aquel propósito. Sin necesidad de largas diligencias, tenía ya dos piezas para su capitán en una casa de la Cañadilla, que estarían prontas para la noche. Mas don Julián lo escuchaba distraído. Preocupado sobre todo de la suerte de su libertador, pidió a Tapia que fuese a saber de él, y le dijera que lo esperarla en la noche en la habitación donde debía ir a ocultarse.

La llegada de Tapia a la casa de las Lizarde poco después de que Carlos Díaz era conducido a la cárcel correspondía a ese encargo del antiguo capitán pipiolo. Tapia llegó al cuerpo de guardia de la prisión, como un cuarto de hora después que el joven se encontraba ya bajo llave.

Haciendo valer su calidad de agente de policía, pidió autorización al alcaide para ver al prisionero.

-Imposible, amigo -le dijo el alcaide-, hay orden del comandante Quintaverde de no dejarlo ver por nadie.

La incomunicación en que había sido puesto Carlos Díaz era realmente, conforme a lo declarado por el alcaide de la cárcel, ordenada por Quintaverde. El comandante, deseaba interrogar al joven antes que nadie hubiese hablado con él. Tenía en su poder la ropa de don Julián Estero, encontrada en el cuarto de Díaz, y con esta prueba innegable de su participación en los sucesos de la última noche esperaba obtener de él, antes de dar parte al juez competente de la aprehensión del mozo, todos los detalles del acontecimiento. Una circunstancia especial lo hizo relacionar el trágico suceso de los Estero con la denuncia escrita sobre la supuesta reunión de los conspiradores políticos que le mantuvo alejado de aquella casa en las primeras horas de la noche.

Al recibir en la mañana la carta de Díaz anunciándole que regresaba a su casa, la correlación de esos dos hechos, la fuga del loco y la carta anónima de la falsa denuncia le pareció evidente. Aunque con ligeras diferencias en la forma de las letras, la escritura era idéntica. Tenía, por consiguiente, dos pruebas materiales para confundir a Carlos Díaz y ponerlo en la imposibilidad de negar su complicidad en la fuga de don Julián, ya que no era posible deducir de esas pruebas que el mozo era parte también en el atentado criminal cometido por el loco. Quintaverde salió temprano de su cuartel camino de la cárcel. Pensaba que la ocasión le ofrecía una brillante oportunidad de distinguirse en su carrera. El drama de la casa chica iba a despertar a Santiago de su apatía. Aquel suceso serviría de pasto a la pública curiosidad. Era el momento de dar' nuevo lustre a su reputación de jefe sagaz, descubriendo el refugio del fugitivo, así como había tenido ya la buena suerte de apoderarse de su cómplice.

Cuando el alcaide en persona abrió la puerta de la celda, el joven fumaba un cigarrillo, acostado sobre la cama, en filosófica meditación. Al ver entrar a

Quintaverde, presentó al visitante el rostro risueño de quien recibe una visita agradable. Quintaverde pensó, al ver la amable acogida que le hacía el prisionero, que el mejor modo de disponerlo a la franqueza era colocarse, como él, en el terreno de una alegre familiaridad.

-Si está usted encerrado, no es por culpa mía, don Carlos, puesto que usted mismo me escribió para hacerse prender.

-Vamos por partes, comandante; yo le escribí que “si me necesitaba” me encontrarla en casa, y como sé que no he hecho nada, creí que me citaría a su cuartel, si algo tenía que decirme:

-Aquí estamos mejor para conversar que en el cuartel -dijo Quintaverde, en tono campechano, sentándose en la silla.

-Como le parezca -dijo Díaz. sentándose, a su vez, sobre la cama. Al mismo tiempo, para inspirar confianza al joven, el comandante le presentaba la cigarrera abierta, ofreciéndole un cigarrillo.

--¿Sabía usted que el loco Estero se fugó anoche?

-No lo sabía anoche; lo supe esta mañana, al llegar a casa. Ya ha corrido la noticia por el barrio.

-¿Sabe usted que el loco, antes de salir de la casa, quiso asesinar a su hermana doña Manuela, y que la hirió en la cabeza?

-También me lo dijeron, en casa, esta mañana.

-¿Y sabe lo que dicen los de la familia? Dicen que sólo usted puede haber ayudado al loco a salir de su calabozo.

-Pues, silo dicen, tendrán como probarlo.

-¡Oh! ¡Pruebas no faltan!

Ante esta exclamación, Díaz sintió que entraban a la parte crítica del interrogatorio, y trató de evitar el golpe antes de recibirlo.

-Ya sé lo que usted quiere decir. Va a hablarme de una ropa vieja que, según me han dicho mis tías, usted encontró debajo del colchón de mi cama.

-Justamente. ¿De quién es esa ropa?

-No puedo saber, porque no la he visto.

-Esa ropa es de don Julián Estero. ¿Y cómo se encontraba bajo el colchón de la cama de usted? Nadie sino usted puede haberla ocultado ahí.

-Puede haberla ocultado su dueño sin estar conmigo.

-Eso es menos que probable, don Carlos.

-No tanto como le parece a usted, comandante. Don Julián, el tiempo que ha estado prisionero, ha perdido sus amigos, y se puede decir que no conoce en Santiago más que a mí. Al verse libre, no habrá tenido otra parte donde ir y fue a mi casa para cambiarse de ropa.

-¿Y quién otro sino usted puede haberle proporcionado otra ropa para cambiarla por la vieja?.

-Cualquiera de los muchos soldados del cuartel de enfrente que entraban a darle de comer. Alguno o muchos pueden haberse compadecido de él y lo habrán ayudado a arrancarse y le habrán proporcionado ropa.

Díaz había hablado con perfecta serenidad. El comandante empezaba a cansarse de la comedia.

-Yo he querido ver a usted antes de pasar mi parte al juzgado, dando cuenta de lo que ocurrió anoche, para ver si usted tiene cómo disculparse y no pasar por el desagrado de acusarlo de complicidad con el loco.

-Muchas gracias; pero, ¿que más quiere que le diga, comandante? Si alguien se le antoja ir a esconder ropa debajo de mi colchón yo no puedo ser responsable de eso. Que me prueben que he sido yo y que prueben que esa ropa es de don Julián.

-Ya le dije que pruebas no faltan. Eso de la ropa es una y la explicación de usted no bastaría para anularla ante un juez.

-Díaz se encogió de hombros.

-Si el juez no la cree, a él le toca probar que fui yo quien puso la ropa bajo el colchón. Yo probaré, por mi parte que estuve toda la noche fuera de mi casa y que no he visto quien puso ahí la ropa.

-Bueno, pues, eso lo averiguará el juzgado.

-Que averigüe, pues; yo no le tengo miedo -replicó a la amenaza del comandante.

-Pero hay más que eso -repuso éste, sacando de una cartera la carta anónima sobre los supuestos conspiradores y la que, firmada por el mozo, le había dirigido Díaz aquella misma mañana- ¿Reconoce usted que ésta es suya?

Al hacer esta pregunta, presentaba al joven la carta firmada. Díaz la examinó un instante.

-Mía de puño y letra.

-¿Y esta otra? -repuso Quintaverde, mostrándole la carta anónima. El joven la leyó en voz baja, con calma, dándose así el tiempo de meditar. Al concluir alzó la vista con una maliciosa mirada.

-Esta no tiene firma -dijo, sonriendo.

- No tiene; pero es de la misma letra que la otra.
- Muchas letras se parecen.
- Usted no podrá negar que es la misma letra, ni que es usted quien la ha escrito. La consecuencia es muy clara. Usted me escribió eso para mantenerme lejos de casa de las señoras Estero, donde sabía que yo estaba convidado, precisamente a la hora en que debía usted sacar al loco de su calabozo.
- Es una consecuencia que no tiene ningún valor, si no se prueba que la carta anónima es mía.
- El juez lo obligará a usted a confesar que es suya.

XVI

- Quintaverde había tomado y entreabierto la puerta para salir.
- ¿Entonces, comandante, usted va a entregarme a la justicia?
 - Es usted quien se entrega; yo cumplo con mi deber. El joven se puso de pie.
 - ¡Mire! ¿Quiere que le diga una cosa, comandante? Pues, le advierto que si me denuncia al juez y no me pone ahora mismo en libertad, usted cometerá una chambonada muy grande, de la que tendrá que arrepentirse. Acuérdesse de mi.
 - ¡Ah! ¡Parece que usted me amenaza! No le entiendo ¿Qué me quiere decir con eso?
 - Que su interés está en tratarme como amigo, comandante, y no como enemigo. Si usted me entrega a la justicia, no soy yo quien saldrá perjudicado: piénselo bien.
 - ¿De qué manera seré yo el perjudicado?
 - Porque si el juez me interroga, yo, que no sé mentir, cuando hablo seriamente, le diré la verdad.
 - Entonces usted conviene en que a mí no me ha dicho la verdad.
 - Si. Y yo le aseguro, como que aquí estamos los dos jugando a quien es más pillo, que no le gustará que yo sea tan franco al responder las preguntas del juez.
- El aire de provocativa burla con que hablaba Díaz picó la curiosidad de Quintaverde, al propio tiempo que le ofendía el amor propio.
- Para saber si no continúa usted de broma, yo necesitaría conocer qué es lo

que usted se propone contestar al juez.

- Si usted quiere saber, oiga pues. El juez me dirá que estoy acusado de haber hecho fugarse a don Julián Estero. Yo le responderé que antes de decir si es o no verdad, yo sostengo que en caso de serlo yo no habría cometido ningún delito, porque no habría hecho otra cosa que poner en libertad a un hombre arbitrariamente detenido por su hermana, interesada en hacerlo pasar por loco para apoderarse de sus bienes. El juez no podrá sostener que la detención es legal, porque no existe decreto judicial ni gubernativo que la justifique. Por consiguiente, se ha cometido un atentado contra la libertad y los bienes de un ciudadano pacífico; el que lo ha liberado ha sido sólo el instrumento muy respetable de la vindicta pública.

Aquí se detuvo Díaz para decir con soma a Quintaverde:

-¿Qué tal el alegato, Comandante? Se ve que estoy en la clase de Derecho.

-Y, sobre todo -replicó Quintaverde-, el juez verá que usted sabe tergiversar y que le enreda la madeja, para que no pueda encontrar la punta del hilo, dejándolo sin saber si usted niega o si confiesa que sacó al loco de su prisión.

-Nada de eso, comandante: tenga paciencia. El juez, después de oír mi alegato y conociendo que está en mal terreno, me dirá ahuecando la voz: “Yo no le pregunto a usted si el loco estaba legalmente detenido o no. Le pregunto que me diga categóricamente si usted lo ayudó a fugarse”. Yo le responderé entonces: “Sí, Usía; yo lo ayudé a fugarse”. Ya ve, comandante, que no tergiverso.

-¡Ah! ¡Al fin usted lo confiesa! -exclamó Quintaverde, como el que vence a duras penas una resistencia tenaz.

-Ya lo ve, pues, lo confieso; pero oiga lo que sigue y verá la chambonada que va usted a cometer. El juez me preguntará entonces cómo le ayudé a fugarse a don Julián; y si no me lo pregunta, no importa porque yo se lo explicaré. Supongamos, pues, que me pregunta: “¿Cómo le ayudó usted a fugarse?” Yo le diré: “Abriéndole la puerta del calabozo”. “¿Con qué llave la abrió usted?” “Con la llave que tiene siempre guardada doña Manuela.” “¿Y cómo pudo usted tener esa llave?” Yo le contestaré: “Usía me cuesta mucho decirlo.” “No me mienta, acusado”, me dirá entonces el juez. Fíjese, comandante, en mi respuesta - dijo el mozo. Yo contestaré entonces: “Si me lo ordena, tengo que confesárselo: quien me dio la llave fue el marido ultrajado”.

Quintaverde tuvo un estremecimiento como quien recibe un golpe al que no podía esperarse. Díaz, entre provocativo y risueño, prosiguió:

-El juez tiene que preguntarme: “Explíquese usted. ¿Qué quiere decir con

eso? “Quiere decir, Usía, ‘que hay un marido ultrajado en la casa donde estaba el prisionero, y que yo conseguí que el marido ultrajado le sacase la llave a su mujer para vengarse de ella. ¿Quiere Usía que lo nombre? El marido se llama don Matías Cortaza, y su mujer, doña Manuela Estero.”

El mozo se dirigió entonces, no ya al juez imaginario, sino a Quintaverde.

-¿Sabe usted, comandante, como se llama el ultrajador de don Matías?

El jefe de policía ocultó su turbación, acudiendo a la audacia.

-Lo que dice usted es una infame invención.

-¿Le parece? No se afarole, comandante, y no se figure que su insulto me da miedo. Lo que digo es la verdad, y puedo probarlo.

-Probarlo; no esté diciendo tonterías.

-Probarlo, sí, señor. Usted me mostró hace poco dos cartas, diciendo que bastarían como prueba de mi culpabilidad. Pues, yo también haré que muestren al juez dos cartas tuyas, comandante. sí: “Reina de mi corazón” y está firmada: “Tu Quinta”. La otra principia: “Prenda idolatrada”, y la firma: “Tu verde”. El Juez no tiene más que juntar las firmas para leer clarito:

“Quintaverde”. Ya ve, pues, si le conviene que yo hable.

El comandante perdía toda su arrogancia. Veía que aquel mocito risueño estaba armado de una astucia maquiavélica, apoyada en una voluntad de hierro.

-Yo no tengo ningún interés en que usted hable, sino en saber dónde está el loco -dijo, con tono inseguro.

-Pero para saberlo tomó usted el peor camino. Si usted me entrega al juez yo hablo; y si hablo, usted es el denunciador de la mujer que ha sacrificado a su marido por amor a usted. ¡Y en qué momento! Cuando usted abandona a esa mujer para casarse con otra. ¡Ah! No me diga que no. Todo se sabe aquí en Santiago.

No hallando qué responder y por no confesarse vencido, Quintaverde interrumpió al joven con tono enfadado:

-Le prohíbo a usted ocuparse de mis asuntos particulares.

-No me ocupo de ellos si usted no me toca; pero si me entrega al juez, entonces todo se sabrá: a usted le corresponde pesar las consecuencias.

El comandante se quedó pensativo. Su situación era sin salida. Por evitar que se divulgase la deshonra de doña Manuela Estero le era forzoso rendirse a las exigencias de Carlos Díaz.

Viéndolo meditativo, Díaz añadió:

ver el modo de que la familia no presente querrela judicial contra don Julián. Mientras tanto, nadie sabe por qué he sido yo traído a la cárcel. Usted puede hacerme salir de su propia autoridad.

Quintaverde, haciendo un ademán de brusca resolución, tendió su mano a Díaz, con aire de franca cordialidad:

-Don Carlos, aquí está mi mano. Lo creo a usted un hombre de honor. Vamos a salir juntos de aquí: me fío en su palabra.

XVII

Tras del apresamiento de Carlos Díaz, nadie dudó ya de la existencia de una confabulación atroz entre el ñato y el loco para asesinar a doña Manuela, y, probablemente, para incendiar la casa y tal vez entregar el barrio entero a las llamas.

Ña Gervasia había salido en busca de unos remedios y llevaba especial encargo de pasar a la vuelta a casa de las tías Lizarde, a preguntar noticias del joven. Por este medio había sabido sobre el apresamiento. Estas ocurrencias mantenían en constante alarma el espíritu de Deidamia. La figura de Carlos Díaz tomaba en su imaginación las proporciones románticas de un ser misterioso del que no podía explicarse los actos; pero que se sacrificaba por algún noble propósito. Su ansiedad no le permitió dejar pasar más de dos horas, sin volver a enviar a ña Gervasia a casa del joven en busca de nuevas noticias. La sirvienta llegó sofocada con la magnitud de la nueva de que era portadora. “Don Carlitos había vuelto a la casa, cuando todos lo creían preso en la cárcel”.

-¿Y tú lo viste? -preguntó con júbilo la chica.

-Lo vi, Pues, señorita, como estoy viendo a su mercé, y me dijo que le entregara esta cartita.

Ña Gervasia sacaba de debajo del rebozo una carta, que entregó a Deidamia. La chica llena de emoción, corrió a su pieza para poder leerla a solas:

“Linda, tengo mil cosas que contarte. Esta tarde, a eso de las cuatro, iré a la huerta de don Guillén con los niños a encumbrar volantines: no dejes de estar ahí y conversaremos”.

Al salir de la cárcel, acompañado por Quintaverde, el ñato había corrido a tranquilizar a sus tías.

quedado muy amigos con el jefe de policía.

Las tías parecieron rejuvenecidas al encontrarse con el niño. Mientras él almorzaba, la menor de ellas corrió a San Francisco, a prender una vela al patrono de la Orden, en acción de gracias. Fue en ese momento que tuvo lugar la visita de la emisaria de Deidamia y la entrega de la carta para la joven.

Después de esto, Díaz dijo que antes de reposarse de la agitación de la mañana debía aprovechar el tiempo en ir a ver a don Matías Cortaza al ministerio . Estaba seguro de encontrarlo en su oficina.

Cortaza se hallaba allí, en efecto, sentado en absoluta inmovilidad, delante de un rintero de expedientes. La velada de la noche a la cabecera de su mujer y las mortificantes vacilaciones de su ánimo, le daban un aspecto de profundo abatimiento. La sombra de la barba de varios días, aumentaba esa palidez del rostro con la ascética morbidez de los monjes pintados por Zurbarán. Ante la aparición de Díaz, Cortaza tuvo un sobresalto de sorpresa.

-Seguro que no me esperaba, don Matías -dijo el joven, acercándose, risueño, al archivero.

-¡Don Carlitos!, qué, ¿no estaba preso, hombre? -exclamó don Matías, tocando tímidamente la mano que el mozo le tendía por sobre los legajos amontonados en la mesa.

-Como no, pues; estaba preso, pero ahora estoy libre.

-Entonces, ¿lo han soltado o se ha arrancado de la cárcel?

-Me soltaron y voy a contarle cómo.

-¡Vean que diablo de don Carlitos!

Cortaza quería ganar tiempo. Su inquietud de neurasténico le infundía el temor de que la visita del joven trajese una revelación inquietante. El pobre archivero atravesaba una de sus crisis de pesimismo. Díaz se puso a referirle, a grandes rasgos, la fuga con el loco, la seguridad de tenerlo a esas horas al abrigo de toda persecución y, las peripecias de su vuelta a casa de las tías, en la misma noche; la manera de cómo había burlado la vigilancia, y cómo después había preferido entregarse en vez de andar perseguido como un malhechor.

Don Matías, lo escuchaba, atónito. De cuando en cuando sus manos vagaban con extraños movimientos sobre los papeles, a impulsos de supersticiosas invocaciones, que marcaban los trances que iba pasando su espíritu. Cuando el mozo llegó en su narración al acto de su excarcelamiento, aterrado Cortaza, ante la posibilidad que el niño hubiese revelado su participación en la aventura, permaneció con los nervios crispados del que espera oír el estallido de un arma que alguien está a punto de descargar.

-Esto sí que se lo voy a contar con todos sus pormenores -le dijo el mozo, al anunciarle la llegada de Quintaverde al cuarto de la cárcel, en el que se hallaba encerrado.

Cortaza lo miró con aire de pavor. Díaz conoció su angustia, y se apresuró a tranquilizarlo:

-Empezaré por decirle, don Matías, que no dejé sospechar ni por un momento, que usted me hubiese dado la llave para abrir el calabozo.

No se detuvo ante esta mentira por no alarmar a Cortaza.

-¡Hombre!, ¡Qué bueno!, ¡no sabe cuánto le agradezco!

Sus ojos miraban sin embargo, al mozo con el temor de ver surgir nuevos peligros.

Díaz refirió entonces, con minuciosa exactitud toda su entrevista con el comandante de policía.

-¿Y para qué fue hablar de las cartas hombre? -exclamó Cortaza, avergonzado.

-Porque sin eso no me habrían dejado salir, ¡Qué gracia!,

¡ Entonces habría habido interrogatorio del juez, averiguaciones de nunca acabar y qué sé yo!

Don Matías meneaba la cabeza descontento. Díaz repuso:

-Esas cartas no son un secreto para el comandante, con ellas lo tendremos mansito, ¿no ve?, don Matías; téngalas bien guardadas, y no habrá temor que el hombre nos ataque.

Este razonamiento dio alguna serenidad a Cortaza. La palabra, de ese mozo, que había impuesto condiciones al odiado comandante de policía, cobraban en el ánimo del archivero una autoridad incontestable. Sin esperar su aprobación, el joven repuso:

-Ahora, don Matías, cuénteme lo que pasó en su casa.

Enredándose en los detalles, el archivero, puso a Díaz, al cabo de lo acontecido después de la fuga de don Julián.

-Yo pasé la noche cuidando a Mañunga; ¿qué quería?, amigo, aunque' ella ha sido tan mala conmigo, me daba lástima verla así.

-Hizo bien, don Matías; al enemigo que está en el suelo no hay que ponerle el pie encima.

-Así es, pues -suspiró Cortaza, contento de que el mozo no se burlase de la debilidad de su carácter.

-Cómo no, pues -apoyó Díaz-, ¿no ve que después le vendría a usted el arrepentimiento, si la señora se muriese?

-¡Cómo, si se muriese! No esté diciendo esas cosas don Carlitos; ¡cómo se ha de morir! ¡No esté presagiando desgracias, hombre, por Dios!

Era el grito de su corazón, que se abría paso ante la catástrofe posible. La voz de Díaz, emitiendo como probable la hipótesis de la muerte de la enferma, había sacado al espíritu de Cortaza el invencible amor, amor físico y del alma, aterrado y comprimido en el fondo de su ser por la rabia de los celos, por la ignominiosa certidumbre de su abyección. Olvidado de su neurastenia, Cortaza parecía asumir una personalidad nueva y miraba con el relámpago de la resolución en los ojos al joven, admirado de la repentina metamorfosis.

-¿Entonces la quiere, don Matías? Para qué está disimulando, ¡todavía la quiere!

-¿Quién le ha dicho que la quiero? No hay tal cosa; ¡cómo la he de querer!

Le había temblado la voz al pronunciar ese desmentido, y sintiendo acudirle un arroyo de lágrimas a los ojos, don Matías, se volvió con precipitación hacia los estantes del archivo. Sus manos temblorosas cogieron desatinadamente algunos papeles.

Díaz se sintió avergonzado de su ligereza. Como el que se detiene ante la profundidad de un abismo, el joven tuvo en ese momento la revelación de lo insondable de esa enfermedad de amor, que su inexperiencia de la vida le había hecho ignorar hasta entonces. Un sentimiento de pudor le obligó a buscar el modo de cambiar la conversación ; mas, ante todo, quiso disculparse.

-No haga caso de mis bromas, don Matías; no quise ofenderlo; dispéñeme. No lo hice con mala intención.

-No crea que me he enojado; pero esas bromas no me gustan -dijo, con humildad Cortaza.

-Bueno, pues, hablaremos de lo que ha pasado en casa de usted.

Don Matías, resumió su narración.

-Poco antes de que yo saliese de casa para abrir el ministerio, Agapito, mi concuñado, me presentó un escrito en papel sellado, pidiéndome que lo firmase. Había ido temprano donde un amigo tinterillo que él tiene y le hizo extender un escrito, acusando criminalmente al loco por el sablazo que hirió a la Mañunga.

-Pero usted no firmó, don Matías.

-¿Qué quería usted que hiciese? Hasta habrían dicho que yo estaba de acuerdo con don Julián y usted, y tuve que firmar no más. Si usted hubiera visto lo que me costó para no firmar otro escrito, diciendo que yo sospecho-Cómo no, pues -apoyó Díaz-, ¿no ve que después le vendría a usted el arrepentimiento, si la señora se muriese?

-¡Cómo, si se muriese! No esté diciendo esas cosas don Carlitos; ¡cómo se ha de morir! ¡No esté presagiando desgracias, hombre, por Dios!

Era el grito de su corazón, que se abría paso ante la catástrofe posible. La voz de Díaz, emitiendo como probable la hipótesis de la muerte de la enferma, había sacado al espíritu de Cortaza el invencible amor, amor físico y del alma, aterrado y comprimido en el fondo de su ser por la rabia de los celos, por la ignominiosa certidumbre de su abyección. Olvidado de su neurastenia, Cortaza parecía asumir una personalidad nueva y miraba con el relámpago de la resolución en los ojos al joven, admirado de la repentina metamorfosis.

-¿Entonces la quiere, don Matías? Para qué está disimulando, ¡todavía la quiere!

-¿Quién le ha dicho que la quiero? No hay tal cosa; ¡cómo la he de querer!

Le había temblado la voz al pronunciar ese desmentido, y sintiendo acudirle un arroyo de lágrimas a los ojos, don Matías, se volvió con precipitación hacia los estantes del archivo. Sus manos temblorosas cogieron desatinadamente algunos papeles.

Díaz se sintió avergonzado de su ligereza. Como el que se detiene ante la profundidad de un abismo, el joven tuvo en ese momento la revelación de lo insondable de esa enfermedad de amor, que su inexperiencia de la vida le había hecho ignorar hasta entonces. Un sentimiento de pudor le obligó a buscar el modo de cambiar la conversación ; mas, ante todo, quiso disculparse.

-No haga caso de mis bromas, don Matías; no quise ofenderlo; dispéñeme. No lo hice con mala intención.

-No crea que me he enojado; pero esas bromas no me gustan -dijo, con humildad Cortaza.

-Bueno, pues, hablaremos de lo que ha pasado en casa de usted.

Don Matías, resumió su narración.

-Poco antes de que yo saliese de casa para abrir el ministerio, Agapito, mi conuñado, me presentó un escrito en papel sellado, pidiéndome que lo firmase. Había ido temprano donde un amigo tinterillo que él tiene y le hizo extender un escrito, acusando criminalmente al loco por el sablazo que hirió a la Mañunga.

-Pero usted no firmó, don Matías.

-¿Qué quería usted que hiciese? Hasta habrían dicho que yo estaba de acuerdo con don Julián y usted, y tuve que firmar no más. Si usted hubiera visto lo que me costó para no firmar otro escrito, diciendo que yo sospecho

que usted es el que ha favorecido la salida del loco. A eso respondí que yo no podía lanzar así contra usted una acusación calumniosa que no podía probar.

-No sacarán mucho con su escrito, porque no han de poder pillar a don Julián -dijo el joven, en tono de perfecta seguridad.

-Sí, pero habrá sumario indagatorio y nos tomarán declaración a todos los de la casa.

Don Matías, reflexionaba como pesimista, admitiendo todas las hipótesis adversas.

-Si le preguntan algo, no hay que confesar por nada. Si usted no habla, ¿cómo puede sospechar el juez que usted me dio la llave?. Pero si habla está perdido, ¿no ve? Diga que no sabe nada, que no oyó nada, y que casi se fue de espalda cuando vio entrar al loco con el sable al comedor.

-Y si toman a don Julián, ¿qué haremos?

· -Lo mismo; no hay que chistar palabra. Responda usted que todos son cuentos del loco, que todo lo que cuenta son invenciones y manténgase: ahí mudo el perro, don Matías, ¿oye?

-Bueno, pues, así lo haré.

XVIII

Satisfecho así de haber preparado el terreno para hacer frente a los interrogatorios del juez, Díaz se despidió de Cortaza y tomó el camino de la casa de don Guillén Cuningham. Eran poco o más o menos la hora en que había mandado decir a Deidamia que se encontraría en la huerta. Guillén y Javier corrieron a abrazarlo. Díaz se sintió conmovido ante esta franca manifestación de cariño.

-Nos habían dicho que te habían tomado preso.

-Que te habían encerrado en la cárcel.

-Así fue, pero ya ven ustedes que estoy libre.

Los dos chicos lo miraban con tímido respeto.

El compañero de sus juegos infantiles tomaba para ellos la importancia de un héroe inmortal. ¡Había estado preso en la cárcel y nada se le conocía! Los dos muchachos sospechaban una participación misteriosa del ñato en el trágico suceso de la noche última, porque los había hecho abrirle la puerta de calle.

-¿Tú sabes que el loco se salió anoche de su calabozo y que se ha arrancado? -dijo Javier, como anunciando un peligro.

-Y que casi mató a doña Manuela -agregó Guillén.

Para decir esto, bajaba la voz, a manera de hacer una revelación misteriosa.

-Así me han contado -dijo el joven, con aparente indiferencia.

Javier repuso en el mismo acento confidencial:

-Don Agapito dice que tú eres quien le abrió la puerta al loco.

-¡Qué mentira! -exclamó Díaz-, ¿qué sabe ese tonto?

-Nosotros no le hemos dicho a nadie que te abrimos la puerta de la calle

-dijo Guillén, con importancia.

Javier añadió.

-Este queda que se lo contásemos a mamá; pero yo le dije que no fuese lesa, que era mejor que nos quedásemos callados.

-Hicieron muy bien de no decir nada -aprobó Díaz. Y, cambiando de tono, repuso-: No hablemos más de eso: vamos a encumbrar volantines; hay muy buen viento.

Pero los chicuelos, profundamente impresionados todavía con la tragedia, de la que debía quedarles un recuerdo indeleble, preguntaron al ñato, con inquietud.:

-¿Y el loco?, ¿qué se hizo?; ¿sabes tú?

-Por ahí andará suelto, pues; yo no sé.

-Si anda suelto -observó Guillén-, es capaz de venir esta noche a la casa chica a matarlos a todos.

-Dicen que tiene más fuerza que diez hombres juntos -aseguró Javier.

-¡Qué ha de venir! No estén pensando disparates. Traigan los volantines y vámonos a la huerta.

Alentados con esas palabras, los chicos sacaron sus volantines y siguieron a Díaz, sin volver a hablar del loco ni de los acontecimientos de la víspera.

No tardó en hacerse oír del lado del huerto de la casa chica la armoniosa voz de Deidamia. El ñato corrió en busca de la escalera, y subió apresurado hasta la banda de la tapia divisoria.

-¡Ay!, linda, ¡qué felicidad de verte!

Radiante de alegría, el joven lanzaba su exclamación, enviando a la muchacha un apasionado beso con los dedos.

Deidamia extendió cuanto pudo el brazo, y le paso un ramo de flores que

acababa de formar con las más fragantes de su jardín.

-Ese es mi saludo -le dijo, con cierto temblorcillo en la voz, distinto del tono de chanza con que acostumbraba hablarle.

Y ambos, por un momento, con íntima emoción, se miraron en silencio. Ella y él sentían que un profundo cambio se había producido. Hallábanse en una de esas circunstancias de la vida en que las horas toman su valor de tiempo transcurrido, más que por el número de ellas, por la magnitud de los acontecimientos acaecidos durante su curso. Se les figuraba que su separación había sido de muchos días, tal era la transformación de sus sentimientos, desde que, en la tarde anterior, se habían separado.

-Me parece que ayer pasó hace mucho tiempo -dijo el joven, con acento cargado de cierta gravedad reflexiva, que Deidamia no había oído nunca resonar en su voz-; ¿y sabes por qué, linda? Por la cartita que me mandaste anoche, aconsejándome que huyese.

La chica, en vez de la franca risa con que acostumbraba a mofarse de los requiebros del ñato, bajó la vista, ligeramente ruborizada.

-Yo sabía que iban a perseguirte, por eso te escribí.

-Pensé -dijo el mozo- que si yo no te importase nada, no me habrías escrito, y con eso me puse tan contento como si me hubieses dicho que me querías.

Deidamia no contestó directamente, pero no lo contradijo.

-¡Figúrate mi susto cuando supe que te habían llevado preso!

-¿No habrías ido a verme a la cárcel?

-Sí, habría ido con tus tías -contestó ella, con resolución, mirando fijamente al joven.

-¡Ay, preciosa! ¡Qué daría yo por ir a ponerme a tus pies, para adorarte por esa respuesta!

Después de esa exclamación quedarónse en silencio. La chica se sentía intimidada ante la realidad del amor, que de la noche a la mañana había nacido de su pecho, como esas flores que abren sus pétalos en el misterio del silencio nocturno.

Díaz, por su parte, no se atrevió a insistir en expresar su adoración. Temía que pidiendo a la joven una explícita confesión de amor ella rompiese el encantamiento de aquel instante con alguna risa burlesca. Así, los dos se detenían turbados en los linderos del mágico recinto donde se unían ya sus almas en una de esas confesiones tácitas, a las que da el silencio la solemnidad de un juramento apasionado. La joven buscó el modo de reanudar la conversación de una manera natural.

-A todo esto -dijo, con una sonrisa casi forzada-, nada me cuentas de lo que hiciste anoche.

-¿Anoche? ¡Ah, sí! -respondió Díaz despertando de su enajenación

-¿Qué hice? Primero, te estuve esperando en el patio.

-¡Como podías figurarte que me hubiese atrevido a ir!

-La esperanza es tan crédula -exclamó el ñato, con una risa que ahogaba un suspiro.

-Si estabas en el patio, ¿entonces tú viste salir a don Julián?

-Aguárdate, voy a contarte; pero dime primero: ¿cómo le va a doña Manuela?

-¡La pobre tía! El médico la encuentra mejor. ¿Sabes que el loco pudo haberla muerto?

-¿Así sería, pues? ¿Pero tú no has pensado que yo tuviese parte en eso?

-¡Ay, no!, ni por un instante: si lo hubiese creído, no estaría aquí hablando contigo.

-Bueno, pues, entonces voy a contarte.

Y en vez de empezar, señaló con el ademán la silla de las lecturas de Cortaza.

-Tráela, linda, estamos tan lejos; es capaz que me ponga ronco para que me oigas, si no te acercas.

En dos minutos, Deidamia, de pie sobre la silla, dejaba que el mozo le tomase una mano.

-Así, sí, pues, que se puede hablar -exclamó él, perdiendo su mirada en las luminosas pupilas de la joven.

Pronto le hubo referido todas las peripecias en que había tomado parte la noche anterior, y aun en la mañana del día en que hablaban. Deidamia tuvo que contentarse con pocas precisas explicaciones acerca de cómo había podido el joven entrar al patio de la casa y llegar a tener la llave del calabozo de don Julián. Hacía el ñato su narración con sencillez.

Al entrar, media hora después, a casa de sus tías, encontró en el patio a Onofre Tapia esperándolo.

-Don Carlito, le traigo una mala noticia -fueron las primeras palabras del antiguo asistente de don Julián Estero.

-Si es mala la noticia, ¿para qué me la trae? -dijo el joven, entre risueño y alarmado.

-Porque es preciso que la sepa.

-A ver, pues, hable; no crea que me vaya a desmayar de susto.

-Mi capitán se me ha perdido, don Carlitos.

-No me esté embromando, ño Tapia; el capitán no es un niño, para que se pierda así no más.

-Le voy a contar, para que vea. Después que usted salió de mi casa, fui a buscar a mi compadre, que vive por la calle San Pablo afuera, y le dije que si podía recibirme. un alojado, pariente mío, que anda un poco enfermo y quiero que lo cuiden bien. El compadre me dijo “Cómo no, pues, tráigamelo no más, y aquí se lo cuidaremos” Cuando lo dejé todo arreglado, me fui a casa del caballero Topín y le conté a mi capitán lo convenido con mi compadre, diciéndole que vendría a buscarlo por la noche para llevarlo. Mi capitán me preguntó las señas de la casa y quedó muy contento. Entonces me vine a buscarlo a usted . Aquí me dijeron que acababan de llevarle a usted a la cárcel. Fui corriendo a la cárcel, y el alcaide me dijo que para hablar con usted debía traer orden de mi comandante Quintaverde. Entonces me fui donde mi capitán y le conté lo que pasaba. Mi capitán se volvió una furia, pero al cabo de un rato se puso más suave. Cuando le dejé para volver al cuartel, me prometió que me esperaría. En el cuartel mi comandante no había llegado todavía. “Tal vez estará en la cárcel”, me dijeron. Ligerito volví entonces a la cárcel; y, ¿sabe lo que me dijo el alcaide?: “¡El comandante y su prisionero salieron de aquí hace poco rato, conversando muy amigos!” Aunque ya yo estaba cansado, me eché a andar para la casa de don Miguel Topín, a llevarle la buena noticia a mi capitán. Pero ahí ni señas de él. El sirviente me dijo que el caballero alojado había salido y no había vuelto. Ya me entró susto, don Carlito, y fui a trote largo donde mi compadre. Nada, nadie había ido por ahí.

-No le busque más; seguro que ha ido a entregarse a la policía -dijo el ñato, fríamente.

Y, poniendo el índice de la mano izquierda sobre la sien de ese lado, agregó:

-El hombre no es loco, pero algún tomillo le falta, ¿no ve? Ya desde anoche en la calle le había tomado ese tema.

-Y, entonces, ¿qué haremos, don Carlito?

-Usted nada, pues. Es preciso que nadie sepa que usted está con nosotros. Venga mañana y le daré noticias.

XIX

Aquella noche, seis días después de la iniciación del sumario indagatorio sobre el atentado de don Julián Estero, Cortaza entró al dormitorio a la hora de costumbre. Doña Manuela dormía con la tranquilidad de la convalecencia. Al acercarse al lecho, don Matías la contempló algunos instantes. La tranquilidad de la durmiente calmó, por primera vez desde el principio de la enfermedad, la ansiosa alarma con que había seguido las diferentes alternativas de la lucha entre el mal y la robusta constitución de la señora. Acostumbrado a esperarlo todo del poder divino, Cortaza, en un gran impulso de reconocimiento, cayó de rodillas delante de la imagen de la Virgen, a la que apenas llegaba el reflejo de la vela tras su pantalla. En la confusión de las sombras, la obra del maestro quiteño le mostraba una expresión compasiva.

Era la melancólica paz del perdón que bajaba de las manos unidas de la madre del Redentor. Era la salud otorgada a ese precio, por el cielo a la paciente” Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”, repetía mentalmente, enviando su acción de gracias a la Virgen.

Sea que en el fervor de sus oraciones la respiración del invocador hubiese turbado el silencio de la pieza, sea que la acción magnética, de ser a ser, hubiese irradiado, como tantas veces sucede, del alma de Cortaza al alma de su mujer dormida, doña Manuela abrió los ojos y permaneció inmóvil, miran-

-do a su marido sin darse cuenta, antes de algún rato de su presencia. Algo como el estremecimiento moral de un religioso temor se hizo sentir entonces en el alma de la convaleciente. Los relámpagos de su arrepentimiento confuso, que a veces habían iluminado su espíritu con resplandores fugaces, se condensaron ahora en una luz velada, pero fija en su pensamiento, al contemplar la actitud de profunda unción del que rezaba. La solemnidad del silencio favoreció ese despertar de su alma, súbitamente conmovida de compasión. Demasiado débil todavía, sin embargo, para seguir un pensamiento, doña Manuela se sintió fatigada con la emoción y cerró los ojos como alguien que pasa de una densa oscuridad a la ofuscada luz del sol.

En ese momento Cortaza terminaba su plegaria y se acercaba al lecho en silencio. Doña Manuela sintió su proximidad y le tendió una mano, mirándolo enternecida.

-¡Qué bueno eres! -le dijo, al mismo tiempo, en un murmullo.

Don Matías se apoderó de la mano, en un ademán de incontenible emoción. Los ojos de la señora se llenaron de lágrimas.

- Sí, eres muy bueno; yo no merezco tu cariño.

El sonido de su propia voz precipitó el raudal de lágrimas. Retirando la mano que estrechaba don Matías, juntóla rápidamente con la otra y cubriéndose con ambas el rostro, sacudidos los hombros por el hipo del llanto, que pugna por refrenarse.

Cortaza, enternecido a su vez, no acertaba a decir nada para serenar a su mujer. Suavemente le apartó entonces las manos del rostro, diciéndole, al cabo de algunos instantes de silencio.

-No llores, hijita; eso puede hacerte volver la fiebre.

Al hablar, le acariciaba las manos, confuso en su timidez, deseoso de alejar del pensamiento afligido de su mujer las ideas que habían causado esa explosión de quebranto.

-¿Te sientes mejor? -preguntóle, solícito, como si nada hubiese pasado, como si solamente se hubiese acercado a ella en ese momento.

-Sí, mucho mejor -contestó ella, enjugando sus lágrimas-; ¡tú me has cuidado tan bien!

-Todos te hemos cuidado -asintió don Matías, con sencilla modestia.

-Sí, pero nadie como tú; yo no conocía tu gran corazón.

El enternecimiento volvió a quebrantarle la voz, y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos, mientras su mirada se fijaba sobre su marido con ternu

-Bueno, no hablemos de eso; no vayas a afligir a empeorarte.

Hablaba acariciándole las manos, balbuciente de emoción, penetrado de una alegría melancólica, maravillado de la transformación de su mujer, de la dulzura de su mirada, de la humildad con que se cubría ahora su altanera hermosura.

-Trata de dormir -repuso, con voz de dulce consejo- Tú necesitas reposo; yo voy a sentarme en la poltrona al pie de la cama. Duerme con tranquilidad; yo no me moveré de aquí.

-No, no, quédate; no tengo sueño, conversemos.

El acento de la voz daba a esas sencillas palabras una entonación de íntimo cariño, que penetró hasta el fondo del alma de Cortaza. Hubiera querido postrarse de rodillas y cubrir de besos las manos que ella le abandonaba. Pero un miedo instintivo de parecer ridículo a los ojos de esa mujer, que recobraba sobre él su antiguo imperio, lo hizo detenerse.

-Sí, conversemos si no estás cansada -díjole, con voz complaciente, acercando una silla a la cama.

Hasta entonces doña Manuela había evitado hablar del accidente que le tenía

postrada. En sus involuntarias reflexiones, a medida que se pronunciaba la mejoría la acción de su hermano significaba para ella un castigo del cielo. El sentimiento religioso hacía oír su voz en el momento de la tribulación en el ánimo de la señora. Debía perdonar a su agresor, como una justa reparación de sus pasados extravíos. Esa evolución de su alma, operada en el silencio de sus meditaciones, la había hecho encerrarse en un silencio absoluto sobre todo lo que pudiera tocar al suceso de la cena; pero en aquel momento de expansión, meciéndose en la dulzura de un arrepentimiento sincero, doña Manuela sintió la necesidad de saber cuanto había pasado desde aquella noche de trágico recuerdo.

-Cuéntame lo que ha sucedido desde que yo caí herida -dijo, en tono afectuoso.

Cortaza le refirió los sucesos sin tocar la manera cómo don Julián había podido salir de su prisión. Su ingenio, por otra parte, no tuvo que acudir a la inventiva tocante a ese punto, esencialmente delicado. Su mujer no pareció darle ninguna importancia.

-¿De modo que Julián está en la cárcel? -dijo, pensativa.

-Así es, pues, en la cárcel.

-¿Y él mismo se entregó a la justicia?

Don Matías confirmó el hecho con su silencio.

-Pero tú firmaste la queja contra él, me acabas de decir.

-Como marido tuyo, yo tuve que firmar -contestó tímidamente, Cortaza,

Pensativa, doña Manuela reflexionó en alta voz:

-Pues no debieron presentar esa acusación criminal.

-Así me parecía a mí -afirmó don Matías-, pero Sinforsosa y su marido porfiaron tanto, que no pude hacer otra cosa.

-Pues, yo no estaré tranquila hasta que lo saquemos de la cárcel. Sin duda, yo vivía equivocada. Tal vez Julián no es realmente loco. Lo que hizo prueba que tiene bastante juicio para saber de quién debía vengarse.

Inclinando la cabeza, don Matías aprobaba. Doña Manuela, con cierta exaltación, repuso:

-Mira, no consultemos a nadie, y hagamos nuestro deber. Mañana mismo presentarás otro escrito al juez retirando la queja y pidiendo la excarcelación de Julián; si es loco, porque es loco; y si no es, porque yo no quiero que se le siga ningún perjuicio. Es un asunto privado de familia que no debieron llevar a la justicia.

El acuerdo sobre este procedimiento se hizo fácilmente entre los dos.

Doña Manuela quería principiar su expiación perdonando a su hermano.

-Y cuando venga -dijo, con ese sentimiento de reparación- le devolverá todos sus derechos; él gozará de sus bienes y hará con ellos lo que quiera.

-Eso es lo mejor, hijita -aprobaba don Matías.

En el fondo de su conciencia una protesta contra la detención de don Julián había existido siempre. Pero su timidez no le había permitido hablar. Ahora, su mujer y él se unían en el mismo sentimiento. Con esa comunidad de ideas figurábase acercarse al corazón de su mujer, unirse a ella en un acto de justicia que podría ser el precursor de otra unión más dulce y reparadora; la unión de sus corazones.

-Mañana temprano pedirá que me hagan el escrito.

Esta promesa pareció devolver la calma a doña Manuela.

Algunos días transcurrieron después del retiro de la demanda. Sin haber podido aclarar el hecho de la liberación de don Julián ni encontrado prueba alguna de complicidad de tercero en el atentado, el juez mandó sobreseer y elevó los autos a la Corte, en consulta.

Carlos Díaz, mientras tanto, instruido por Deidamia de la resolución de doña Manuela, poco después del fallo de sobreseimiento, entró empeñosamente en campaña, a fin de conseguir en las distintas oficinas de los tribunales que la consulta fuese activada por todos los medios posibles.

XX

Por un momento, los dueños de casa y su visitante se quedaron en silencio. Quintaverde sentía la hostilidad de la señora, y hubiera querido encontrarse muy lejos de su presencia. Para don Matías, el manifiesto desagrado de Quintaverde ante la actitud de doña Manuela le parecía un signo en favor de su dicha futura. Como a todos los tristes, una alegría inesperada le daba una locuacidad de semiembriaguez. Rompió el silencio, sonriéndose, como quien se da cuenta de algún acontecimiento feliz:

-¡Vea, qué diablo de comandante!, ¡como también va a casarse! -exclamó a manera de chanza familiar.

-¡Oh!, se dicen tantas cosas -replicó, confuso, Quintaverde.

-La mentira es hija de algo, comandante; no esté negando lo que es cierto

-exclamó, con acento sarcástico

En ese instante entró Deidamia.

La chica había corrido después de despedirse precipitadamente del ñato.

-Ven mañana, y te contaré lo que me diga mi tía.

Gervasia, al transmitir a Deidamia el llamado de doña Manuela, había dicho que la señora se encontraba en la cuadra con don Matías y el comandante Quintaverde.

-¿Sabes a qué viene Quintaverde? -exclamó Díaz-; viene sin duda a nombre de su sobrino, a recordar la promesa de casamiento.

-Cuando menos, ¡y yo que estoy tan dispuesta a cumplirla! -dijo, riéndose, Deidamia-; hablan muy a tiempo.

-Dile de mi parte al comandante que no se descuide con su sobrino, si no quiere que yo le corte las orejas.

-Bonito se vería: yo no me caso con un motilón.

Ambos soltaron una ruidosa carcajada, y Deidamia echó a correr, ágil y graciosa.

-Háblale a tu tía por mi, linda, será el mejor momento -le gritó el ñato, siguiendo con la vista a la muchacha, hasta que se perdió tras la puerta de comunicación con el patio.

El saludo de Quintaverde fue ceremonioso. Doña Manuela se apresuró a hablar. En su voz, de nerviosa impaciencia, las palabras resonaban desapacibles.

-Aquí tiene al señor Quintaverde, que viene de parte de su sobrino. En vez de mirar al comandante, la chica bajó los ojos. Quintaverde, viéndola en esa actitud auguró mal resultado de su misión, y habló con dificultad bajo la mirada de fuego de doña Manuela:

-Mi sobrino, señorita, me ha encargado que la salude de su parte, y que le diga que ya que misía Manuelita se encuentra completamente repuesta, le parece que ha llegado el tiempo de hablar del casamiento concertado con los padres de usted y aprobado también por misía Manuelita.

Deidamia miró a su tía, extrañándose de que no hubiese contestado por

-Como tus padres no están por el momento en casa -dijo la señora-, Matías y yo hemos dicho al comandante que lo mejor sería que hablase contigo.

Deidamia miró entonces resueltamente a Quintaverde. Lo que acababa de decir doña Manuela le dio ánimo para explicarse con entera libertad

comprometida.

-Pero usted, señorita, aceptaba el compromiso -arguyó Quintaverde.

-Yo no decía nada, ¡ era para tanto tiempo después!

El comandante se puso de pie:

-Creo que estas cosas no pueden discutirse; yo hablaré con su papá, para que él me diga su determinación.

-Agapito y Sinforosa -dijo doña Manuela- no contrariarán a su hija y dirán que se equivocaron.

-Eso es, pues -interpuso Cortaza, deleitado por la confusión del militar-. Si la niña no quiere, no hay más que hacer; ¿no ve?

Quintaverde juzgó inútil prolongar su visita. El desahucio no podía ser más categórico. Despidióse entonces friamente, y salió de la casa. El aire libre le devolvió su serenidad. "Era un mal trago que había que pasar; ya está ella notificada de mi casamiento. No podrá decir que la he traicionado. Por lo que hace a Emilio, ¡qué me importa! Novia no le ha de faltar." Fue la oración fúnebre con que enterraba sus amores pasados.

Los que quedaron en la sala de recibo lo vieron cruzar el patio con el aire de un hombre exento de cuidado, que siente el vigor de su cuerpo en cada movimiento.

Doña Manuela se sentó, esforzándose por ocultar su abatimiento. En ese instante, todo su amor al hombre que le volvía la espalda se tomaba en odio desesperado.

-Hiciste bien en contestar de ese modo -dijo a la chica, poniéndole una mano sobre la cabeza.

Con un esfuerzo de altanera voluntad, quería ocultar su des-pecho, para sofocar los celos turbulentos aferrados, cual tenazas candentes, a su corazón, y hablaba así a la chica para tener el aire de interesarse por algo que no fuera su punzante sinsabor.

Para Deidamia, todo aquello era una gran sorpresa. Se había despedido de Díaz resuelta a luchar. Al oír que el comandante Quintaverde estaba de visita en la sala, no dudó de que viniese a nombre de Emilio Cordónel; Acostumbrada a leer en el rostro de su tía las emociones que la afectaban, la chica notó ya, al entrar, que una gran agitación dominaba a la señora. Mas, ni el tono de su voz ni la mirada con que la había recibido le parecieron justificar los temores con que ella llegaba. Lo que había seguido hasta la salida de Quintaverde fue para ella una revelación tan prodigiosa como inesperada. Sin darse cuenta de lo que hubiese podido producir aquel cambio de actitud de su tía, sintióse tan penetrada

de reconocimiento hacia ella, que, al recibir su caricia, se alzó rápidamente y le enlazó con sus brazos el cuello.

Cortaza habría querido hacer otro tanto. El hecho sólo de que su mujer lo hubiese llamado a la sala en vez de ocultarle la visita de Quintaverde bastó para disipar de su espíritu la tortura de los celos que le había hecho prorrumpir en amargas imprecaciones en el fondo de la huerta. El tono desdeñoso de su mujer al hablar al comandante en presencia de él y la libertad en que había dejado a Deidamia para romper el compromiso, eran sobradas pruebas, en su sentir, de que doña Manuela rompía con el pasado y lo llamaba a una sincera reconciliación. La antigua herida estaba, por supuesto, allí, sin cicatrizarse; era la bala en el cuerpo -se decía otra vez-, con que viven tantos inválidos de la guerra. La esperanza de alcanzar felicidad relativa en lo futuro, renacía ahora.

El espectáculo de doña Manuela y de su sobrina tiernamente abrazadas le regocijaba el corazón como un presagio feliz.

-Tía, ¡qué feliz me encuentro! -le dijo, en un tierno murmullo-, y se lo debo a usted; yo no podía conformarme con ese casamiento.

Doña Manuela fijó en ella una mirada interrogativa.

-¡Y por qué? -preguntó-

-Emilio no me gusta, nunca lo habría querido.

-¿Y quién te gusta, entonces?

Deidamia bajó los ojos, y casi entre dientes:

-Usted sabe muy bien.

Recordó al contestar así la recomendación de Díaz de hablar a la señora en favor de él. Nunca podría presentársele tan propicia ocasión de hacer a su tía la confidencia de su amor y los proyectos matrimoniales del ñato; pero, al alzar la vista para observar en el semblante de doña Manuela el efecto de su respuesta, su esperanza, como un castillo de naipes, rodó por el suelo.

-¡Cómo!, ¿de quién estás hablando?

Una mirada a la que el encendido color de la señora daba reflejos de amenaza, acompañó a esa interrogación. Turbada, pero resuelta a defender su causa, la chica murmuró:

-Usted sabe, pues; le hablo de Carlos Díaz.

-¡Cómo! ¿Tú quieres a ese ñato insolente? ¡Era lo que faltaba!

Deidamia inclinó la cabeza para dejar pasar la tormenta. Doña Manuela repuso con acento de desprecio:

-¡Un mocoso atrevido!

La muchacha continué silenciosa, sin levantar la frente. No sintiéndose contradicha, doña Manuela pasó de las exclamaciones a las razones:

-¿Qué sacas con quererlo? Un chiquillo que no tiene maduro el juicio todavía y que no está en edad de casarse.

-Va a tener los veintiún años; hay muchos que se casan a esa edad murmuré, tímidamente, Deidamia.

La observación irrité a la señora. No pudiendo negar la verdad de lo que su sobrina aseveraba, dejó hablar a su imperioso carácter.

-En fin, yo no apruebo ese disparate, y me admira que te atrevas a hablarme de un muchacho que me ha enfrentado en todo Santiago. ¡Jamás, jamás permitiré entrar a ese atrevido en mi casa!

El ademán autoritario, el tono áspero, acentuaban la amenaza. No era ya dueña de sí misma. Un delirio de lucha daba repentino vigor a las fuerzas debilitadas por la enfermedad. Los propósitos de indulgente mansedumbre se desvanecían al soplo de su despecho. Con alaridos de jauría exasperada por la pérdida de la presa, sus celos impotentes le gritaban el acerbo desengaño del abandono: los virtuosos propósitos de enmienda espontánea se habían convertido en humillante y forzosa necesidad. Era su amor propio de mujer despreciada lo que buscaba descargar así sobre Deidamia el peso del rubor que la agobiaba. Arrastrada por la vehemencia de su desazón, doña Manuela, repitió:

-¿Me oyes?, ¡jamás entrará en mi casa ese insolente!

Deidamia se dejó caer sobre una silla, sollozando, mientras que su tía, sin querer.que nadie la acompañase, se dirigió a su dormitorio. Cortaza, prudentemente, se había escabullido.

En su dormitorio, doña Manuela expuso a Sinforosa y su marido las pretensiones de Deidamia, declarándoles su abierta oposición a ellas. Un coro de denuestos contra el ñato fue la respuesta a esa declaración.

-¡No faltaba más! Un muchacho callejero como ése -exclamó Sinforosa.

-El es, el muy pícaro, quien hizo arrancarse al loco -dijo don Agapito-; de ahí viene toda esta bolina.

-Que se meta con su amigo Chanfaina -repuso Sinforosa, con ademán de desprecio.

En la comida, la chica, sorda a los denigrantes calificativos que hacían llover sus padres sobre Díaz, absteniéndose con desdén de comer, mirando obstinadamente en el vacío, juraba en silencio que nadie la haría desistir de su propósito.

-Deidamia, anda a acostarte.

Salió del comedor tras don Matías, que en ese momento llegaba al pasadizo, dirigiéndose al dormitorio de su mujer. Fuera ya de la vista de sus padres, Deidamia dejó estallar la violencia de su pena.

. -No te aflijas, hijita -díjole, compasivo, don Matías, al verla cubrirse el rostro con las manos.

Y oyendo los sollozos que hacían estremecerse a la muchacha:

-Déjalos que griten no más: yo le hablaré a la Manuelita, pero poco a poco, no hay que atropellar las cosas: ya verás que tu tía acabará por consentir.

Deidamia, sin oír más, se alejó de él.

-De balde me dice eso, yo conozco a mi tía, y es ella la que manda.

-¡Pobre chiquilla! -suspiró, deplorando su nulidad, que no le permitía consolar ese dolor tan aflictivo de la mujer que llora.

Doña Manuela, fingiendo una calma que estaba muy distante de tener, había despedido a Gervasia, para que fueses a servir la comida.

-¿Entonces, su mercé va a quedarse sola? -preguntó la criada.

-¡Sí, sí, no tengo necesidad de nada; me acostaré cuando hayan concluido de comer.

Pronunció esas palabras con la reprimida impaciencia, ansiosa de ver salir del cuarto a la sirvienta, que no se daba prisa, con ademanes de prever lo que necesitaba la señora, extendiéndole una manta sobre las rodilla, acercándole los objetos de que podría necesitar.

-¡Anda, anda, Gervasia, déjame sola, vas a sacarme de paciencia.

Apenas la sirvienta cerró la puerta, doña Manuela sacó de su seno la carta de Qumtaverde. Durante las escenas que acababan de pasar en la sala de recibo, esa carta era un ascua que le quemaba el pecho, un roedor oculto, testigo y prueba de su oprobio, que la sometía a un doble sufrimiento: el disimulo de los suyos y el devorante deseo de leer su contenido y buscar alguna frase consoladora.

Sentada cerca de la ventana, desplegó el papel y empezó su lectura. En los primeros momentos, sus ojos veían confundirse las palabras, desvanecerse las letras en tintes fugitivos de arco iris, ondular los renglones de curvas serpentinadas. Sólo mirando al patio con voluntad intensa de dominarse y pensando en que nada iba a leer que no lo supiese ya, pudo sobreponerse al sacudimiento que la agitaba y leer por fin, con relativa calma, las primeras frases. Mas, a medida

que avanzaba la lectura, las aceleradas palpitations del corazón le enviaban al cerebro, en ondas tumultuosas, la agitada sangre, le anudaban la garganta, como un dogal que aprieta una fuerza extraña, hacían bailar en su imaginación, en una zarabanda fantástica, los enconados sarcasmos, las irritadas acusaciones, la forzada risa de un impotente desprecio. Todo era hipócrita mentira; ninguna explicación bastaba a disminuir la insultante falsía; nada alcanzaba a atenuar la cruel realidad del abandono. En ese círculo de amargas reflexiones, daba vueltas, precipitada por un turbión de desengaños, su mente adolorida.

Así llegó, sintiendo despedazársele el corazón, con sus tumultuosos latidos, a la última frase. El mal velado anuncio del casamiento fue como un dardo de fuego que le hubiese atravesado el pecho. Ante la insultante realidad, escrita ahí delante de sus ojos, por la misma persona, pródiga de juramentos de inextinguible amor ayer apenas, la señora sintió resonar dentro de los oídos un confuso rumor de espanto del que, maquinalmente, quiso huir, pidiendo auxilio. Pero, al levantarse, las manos buscaron en vano un apoyo en el vacío, el semblante enrojeció amoratado y el cuerpo, como una columna sacada de repente de su base, cayó sobre la poltrona, quedando sin movimiento.

Pocos instantes después entró Cortaza al dormitorio. La luz de la tarde empezaba a declinar. Al ver desde la puerta a su mujer desmayada sobre la poltrona, con la cabeza inclinada sobre el pecho, figuróse que estaba durmiendo, y se adelantó a ella sin hacer ruido, pero, al acercarse, oyó su respiración afanosa y pudo ver el rojo tinte de su rostro.

-¡Manuela!, ¡Manuela!, ¿qué tienes? -exclamó, espantado, tratando de levantarla.

Su exclamación no tuvo respuesta. Entonces dio la alarma, llamando a voces.

-¡Deidamia! ¡ Sinforosa! ¡Gervasia!

Nadie respondió. El había cerrado la puerta al entrar, y su voz no alcanzaba a oírse desde las otras piezas de la casa.

Precipitadamente trató de colocar a la enferma en una postura que le mantuviese alta la cabeza, a fin de correr él a la puerta a repetir su llamado.

Al incorporarse, vio sobre la alfombra la carta de Quintaverde, que las manos de la señora habían dejado caer. La vista de ese papel lo detuvo. Al cogerlo con miedo, una sospecha certera le atravesó el pensamiento, como una luz repentina. Ocultando el papel en su bolsillo, lanzóse entonces a la puerta y llamó nuevamente.

Pronto acudieran Sinforosa, Deidamia y Gervasia.

- Le ha dado un desmayo; yo la encontré así: acuéstela pronto, voy a llamar

al médico.

Don Matías dijo todo eso con visible agitación, y salió, casi corriendo, de la pieza. En la vecina, encontró a don Agapito, que acudía el último, y le refirió la alarmante ocurrencia.

-Yo me siento sin fuerza para llegar hasta la casa de alguno de los médicos; ¿no podrás ir tú, Agapito?; hazme ese favor. -

-Bueno, yo iré -contestó Linares, que prefería el paseo por la calle a quedarse con las mujeres. Después de verlo salir, Cortaza corrió a su cuarto.

La lectura de la carta dio el golpe de gracia a sus recientes ilusiones. Al caer despeñado de sus modestas esperanzas de porvenir, sintió doblemente el dolor de ese golpe: el atroz desengaño ponía a descubierto las heridas de su alma no cicatrizadas aún. Pero un rugido de salvaje alegría mitigó su desesperación. Las frases de la carta eran el mejor castigo que él podía haber ideado para vengarse de su mujer. El comandante le vengaba. La memoria enloquecida invocó, sin buscarlo, el recuerdo de una de sus conversaciones con el ñato Díaz en la oficina del ministerio: ¡Catatán!, ¡Catatán!, le gritaba sarcástico con cruel satisfacción la voz del joven. El ñato tenía razón, ¡ si él se hubiese hecho respetar, ella le habría tenido miedo!

El médico traído por don Agapito dejó su enigmática receta en latín y habló vagamente de una meningitis. Sinforosa y Gervasia opinaron porque no se debía hacer caso de la receta. Lo importante era continuar con los remedios caseros.

Al siguiente día los médicos llamados a consulta confirmaron el diagnóstico del que había visitado a la enferma la noche anterior. A medida que se sucedían las horas, la casa tomaba por momentos aspecto lúgubre. Los envíos a la botica por nuevos remedios se sucedían a cada instante. Era la batalla contra la muerte, en que la ciencia hacía avanzar como una reserva sus últimas fuerzas.

En la tarde hubo una vislumbre de mejoría. La enferma pareció dormir con alguna tranquilidad. Deidamia, después de observarla por un-rato, salió de la pieza y corrió a la huerta. El ñato la esperaba en su puesto de la tapia. Las voces de Guillén y Javier resonaban alegremente, encomiando cada uno su propio volantín como el más encumbrado de todos los que por allí poblaban el espacio.

El ñato conocía ya por sus tías el nuevo ataque de doña Manuela, del que todo el vecindario hablaba a esas horas.

El semblante pálido y descompuesto de la chica confirmaba las alarmantes noticias.

-¿Cómo está tu tía? -le preguntó con interés.

- Muy mal me parece.

Al responder, Deidamia se cubrió los ojos con su pañuelo, sintiéndolos nublados por las lágrimas.

-Pero, ¿cómo?, ayer estaba perfectamente. ¿Para qué te llamaba?

La joven le refirió todo. Con su egoísmo de enamorado, el ñato pensó en sus intereses.

-Que se oponga a que nos casemos, poco importa -dijo con desprecio-. Me basta con que le hayan dado el pasaporte al oficialito; el consentimiento vendrá después.

Deidamia se encogió de hombros, incrédula.

-No hablemos de eso ahora. Tú sabes que te quiero y que con nadie me casaré sino contigo. Pero ahora no puedo ocuparme sino de la salud de mi tía; me voy a cuidarla. Te aseguro que tengo un susto atroz, que no tuve el otro día, cuando la vi herida.

-¿Qué lástima que te vayas!, yo te traía una buena noticia.

-¿Qué noticia? Si es buena, dímela pronto.

-Don Julián, tu tío, ha sido puesto en libertad. La corte aprobó la sentencia del juez.

-¿En libertad? ¿Entonces va a venir a casa? -exclamó con aire enternecido la chica.

-No; acabo de dejarlo en el convento de San Francisco, donde me envió a pedirle asilo. No quiere ver a nadie. La noticia de la recaída de doña Manuela lo ha puesto más callado que lo que estaba en la cárcel.

-¡Pobre!, me alegro de que esté libre -dijo Deidamia sin entusiasmo.

· El joven notó la poca impresión que su noticia había causado a Deidamia.

-Don Julián -le dijo- será nuestro protector.

-¿Cómo lo sabes tú?

-Porque él me lo ha prometido, y don Julián, libre, tendrá que ser respaldado por toda la familia. Por eso te dije que el consentimiento de tu tía vendrá después.

XXI

Don Julián ocupaba una vasta celda en el segundo patio del convento. Díaz le explicó las ocurrencias acaecidas en la casa, que acababa de saber por

Deidamia; la visita del comandante Quinta-verde, la violenta fiebre de doña Manuela, que era, a juicio de la joven, una consecuencia de esa visita; le habló de la exaltada manera como había expresado la señora a Deidamia su inflexible oposición a su casamiento con él; le pintó, por fin, el alarmante estado de doña Manuela y la encarecida súplica de que fuese don Julián a verla, que venían a traerle don Matías y don Agapito.

Don Julián se paseó sombrío y agitado por la pieza.

-¿Y qué piensa usted que debo hacer? -preguntó deteniéndose delante del joven.

Temeroso de la violencia de su carácter, había renunciado a guiarse por su propio criterio en lo concerniente a su familia.

La rectitud y la decisión del juicio de su libertador le inspiraba plena confianza.

-En su lugar, yo iría -contestó el ñato-, Mejor es ser generoso, don Julián.

Estero pareció vacilante, sin embargo.

Díaz salió del aposento y emprendió a paso acelerado el camino de la portería. Los vastos corredores repetían el eco de su marcha sobre los gastados ladrillos del piso.

-Vengan, vengan ligerito -dijo a los dos que esperaban-; el hombre parece bien dispuesto; no hay que dejar que se le pase el buen humor.

Pronto llegaron a la celda ocupada por don Julián. Díaz abrió la puerta y entró, haciendo señas a los dos conuñados de seguirlo. Los visitantes entraron con timidez. Don Julián los miró de frente, sin saludarlos. Hubo entonces un espacio de inquietador silencio. Intimidado por la mirada del que los recibía, don Agapito dijo en voz baja a Cortaza.

-Hable, pues, don Matías.

Cortaza quiso congraciarse, con un sonrisa amable, la buena voluntad del hermano de su mujer y dijo con voz tímida.

-Aquí venimos, pues, a verlo, don Julián...

Díaz lo interrumpió:

-Mejor es que los deje solos hablar de sus asuntos de familia.

Y se adelantó hacía la puerta del aposento. Don Julián lo detuvo.

-No, amigo Díaz, no se vaya; yo quiero que usted oiga nuestra conversación-. Y volviéndose hacía Cortaza-: Diga, señor, lo estoy oyendo -dijo secamente.

-Aquí venimos a visitarlo de parte de mi mujer, que está muy enferma y que desea mucho verlo.

-Mi visita no la ha de curar -dijo con áspero tono don Julián.

-Ella cree que si -replicó Cortaza, con acento de rendida súplica.

Don Julián repuso con el mismo tono áspero con que había hablado.

-Yo creía que ustedes venían a pedirme perdón a nombre de ustedes también.

Los dos visitantes palidieron. Aquellas palabras les parecían precursoras de algún terrible estallido de cólera de parte del que aún creían loco.

-Sí, pues, también a pedirle perdón -dijo con deferente complacencia don Matías.

Don Agapito hizo eco:

-También, por supuesto, a pedirle perdón.

El miedo de alguna embestida súbita arrancó esas palabras a Linares, a pesar de la humillación que sentía de tener que decirlas delante del ñato.

El acto de contrición de sus cuñados pareció suavizar el tono de voz de don Julián.

-Si todos piden perdón es otra cosa. Así veremos si alguna vez puedo perdonamos. Ahora no hablemos de lo pasado; por el momento me basta con la vergüenza que ustedes y mis hermanas deben sentir por la crueldad con que me han martirizado.

-La pobre Mañunga creía que usted no estaba en su juicio -dijo con voz quebrantada don Matías.

-Y nos lo hacía creer a nosotros -dijo cobardemente don Agapito.

Don Julián hizo señas de rechazar esa justificación por inadmisibles.

-Repito que dejo atrás lo pasado, por ahora -acentuó, recalcando la voz sobre las dos últimas palabras-: me ocupo sólo del presente. Ustedes vienen a suplicarme de parte de Manuela que vaya a verla porque está muy enferma y solicita mi perdón: ¿no es así?

-Así es, pues -dijeron los dos amedrentados emisarios.

-Pues yo les declaro a ustedes que, si llego a acceder a esa súplica, lo haré únicamente por darle gusto a mi joven amigo don Carlos Díaz. Es preciso que ustedes sepan que es él quien me ha aconsejado el perdón y que a él tendrán que darle las gracias.

-Le damos las gracias, don Carlitos -dijo Cortaza con verdadero acento de gratitud.

-Yo también le doy las gracias, amigo -le dijo don Agapito entre dientes.

-Hacen bien en mostrarse humildes -repuso don Julián-, porque yo tengo que

poner mis condiciones. Empezaré por decirles que ya tienen que agradecerme que me haya venido de la cárcel a este convento, cuando podría haberme ido a mi casa a hacer valer mis derechos de dueño y hacerlos salir a todos ustedes de ella.

Dejó pasar un momento. Quería hacerlos medir el peso de esa declara-

-Esperando que me agradezcan mi prudencia -repuso-, voy a decir la condición expresa que pongo para consentir en lo que me piden. Me ha dicho mi amigo Díaz que él quiere casarse con mi sobrina Deidamia y que cuenta con el amor de la niña, pero que sus padres y Manuela se oponen a ello. Pues bien, yo no iré a ver a Manucla hasta que ustedes me traigan el consentimiento de los tres y que le pidan a Díaz que vuelva a casa de ustedes.

Don Agapito pensó que era una gran felicidad el poder salir del paso a tan poca costa.

-Yo doy desde luego mi consentimiento.

-Yo también, por supuesto -apoyó Cortaza.

-Está bien, vayan entonces a pedir su consentimiento a Manuela y a Sinforosa; yo quiero que mi amigo Díaz sea recibido con la mayor consideración por toda la familia. Le debo mi libertad. Ustedes todos le deben el gran servicio de impedirles que continuasen cometiendo el crimen de que yo era víctima.

Ninguna entonación de odio resonó en su voz. Hablaba con la solemnidad del juez que pronuncia un fallo de alta justicia.

-Mil gracias por lo que me toca, don Julián -díjole el joven estrechándole calurosamente una mano.

-Hablo como debo, amigo -respondió Estero. Volviéndose a sus cuñados, agregó: -No se figuren ustedes que este caballero me haya pedido que pusiese la condición que yo impongo. Cuando él quiere una cosa, no tiene necesidad de que le ayuden; pero yo soy su agradecido, y así como he hablado en su favor, yo sabré todavía cómo probarle que no soy un ingrato.

Con sencilla majestad volvió la espalda a sus cuñados. Estos se dieron prisa en salir.

Mientras caminaron por los largos y solitarios corredores, Cortaza y Linares guardaron silencio. Al encontrarse en la calle, don Agapito habló el primero:

-Me he convencido de que el hombre no está loco.

Mientras recorrían la distancia de la celda a la portería del convento había tenido tiempo de reflexionar. El interés de Deidamia y el de sus padres estaba en inclinarse ante la voluntad de don Julián. Este pensamiento le hizo añadir:

-¿Y a qué viene esa oposición de la Mañunga? Si ha despedido al sobrino de Quintaverde, estamos libres de compromiso, ¿no le parece, don Matías? Entonces empuñese conmigo para que la Mañunga se deje de oposiciones y de tonterías.

Cortaza no contestó. A pesar de su amargo desconsuelo, estaba inquieto por su mujer. Los médicos, en su última visita, se habían mostrado enigmáticos sobre la salud de la enferma.

Al entrar en la casa, el semblante de los que esperaban aumentó esa inquietud.

-La Mañunga sigue mal -dijo Sinforosa a su marido, enjugándose las lágrimas.

Los dos hombres entraron a la pieza de la enferma. Doña Manuela los miró con ansiedad.

-¿Viene? -preguntó con voz debilitada.

-Sí, vendrá -dijo don Agapito.

Pero había que expresar a la enferma la condición de la visita de don Julián. Con tímidos circunloquios, don Matías contó la entrevista y llegó al fin a la exigencia concerniente a Carlos Díaz.

-Es el único modo de hacer la paz -agregó don Agapito en tono persuasivo.

Por causa de su abatimiento físico y por el terror de su espíritu, la energía con que siempre hiciera triunfar su voluntad se había desvanecido en la señora.

-Sí, sí, hagan lo que quieran -exclamó con vehemencia-, pero que venga pronto. Corran a llamarlo; vayan los dos- añadió dirigiéndose a Cortaza y a su cuñado.

-Se lo vamos a traer ligerito -díjole Linares, para tranquilizarla. Cortaza, abatido, se había acercado a la cama.

-Corre, hijito -le dijo la enferma en un lamento de súplica.

En sus ansias, la infeliz hacía depender su salvación en esta y la otra vida del perdón de su hermano.

-Si me perdona, voy a sanar -decía con lánguida voz. Los dos emisarios atravesaron el patio casi corriendo. Al llegar al convento vieron salir un grupo de gente de la portería.

-¡El viático! -exclamó sobrecogido de pánico don Matías.

-¡El viático! -hizo eco con voz temblorosa don Agapito.

Ambos se descubrieron, poniéndose de rodillas sobre el suelo de la calle. Delante de ellos pasó un ruido de campanillas y su murmullo de oraciones el lúgubre grupo.

Un monaguillo precedía la marcha llevando la cruz, y seguía tras éste el sacerdote revestido de sobrepelliz, sosteniendo con ambas manos el cáliz. A su lado, otros dos monaguillos agitaban con afán las campanillas.

Los transeúntes, con devota reverencia, se ponían de hinojos, descubierta y humillada la frente, santiguándose con religioso terror al ver pasar el apresurado séquito, mensajero de la última esperanza.

Cortaza y su compañero, con fúnebres presentimientos, permanecieron de rodillas hasta que el ruido de las campanillas se perdió en la distancia. Levantándose, anduvieron a paso largo, hasta desaparecer por la misma puerta por donde acababa de salir el viático.

Don Julián oyó con aire turbado el mensaje de que sus dos cuñados eran portadores.

-Puesto que se respeta mi deseo -dijo-, yo estoy dispuesto a cumplir mi promesa.

-Si le parece, nos iremos al instante -dijo don Matías, en cuyos oídos resonaban con siniestro retintín las campanillas del Sacramento.

-Estoy pronto, amigo Díaz, vamos andando.

A pesar del tono resuelto de la respuesta, el semblante de don Julián acusaba una visible emoción.

-Vayan ustedes primero, para que puedan anunciarme; nosotros los seguimos -dijo a don Matías.

Algunos minutos después que Cortaza y don Agapito habían salido, don Julián y Carlos Díaz los siguieron.

-Amigo Díaz, hago este sacrificio por usted; había jurado no ver jamás a esas gentes.

-Mucho se lo agradezco, don Julián.

Antes de llegar a la casa encontraron el viático de vuelta. Los dos hombres apresuraron el paso en silencio. Delante de la puerta de calle, un grupo de curiosos se había formado al ruido de las campanillas. La servidumbre de don Guillén, reunida del lado de la casa grande, estaba presenciando cuanto ocurría en la casa chica. Por una ventana, Guillén y Javier, sin atreverse a salir, aguardaban la llegada del que para ellos era todavía el loco. Al divisar a Carlos Díaz, los dos chicos salieron corriendo hasta encontrarse con el joven; los niños no habían reconocido a don Julián Estero en el hombre bien vestido que acompañaba a su amigo.

-Ñato, ñato -le dijeron en voz baja, con cariño-, qué , ¿no ibas a venir con el

loco? ¿Dónde está?

-Cállense -les dijo el mozo, alejándolos de don Julián-; es este caballero que viene conmigo.

Los chicos miraron incrédulos a Estero, que se había detenido a esperar a Díaz.

-¡Los niños de don Guillén!, ¡tanto que los envidiaba en sus juegos! -dijo don Julián, enternecido.

Los de la familia salían a recibir a los recién llegados. Sinforosa y su hija, con lágrimas sin enjugar, saludaron a don Julián tímidamente. Este puso una mano sobre la cabeza de Deidamia.

-Sobrina -le dijo-, abrace a su tío, que le promete quererla siempre.

La chica se arrojó sollozando en brazos de don Julián, sin tener fuerza de proferir una sola palabra.

Los demás contemplaron mudos aquella escena, en la que don Julián empezaba a manifestar el propósito de hacer cumplir su voluntad con respecto a la futura suerte de la chica.

Cortaza, Sinforosa y don Agapito habían entrado a anunciar la llegada de don Julián. Gervasia sostenía a la enferma, que se había sentado, esperando la aparición de su hermano.

-Llévame donde tu tía -dijo don Julián a Deidamia.

La chica anduvo delante de él.

-Por aquí, tío.

Atravesaron hasta la puerta de la enferma. Hubo en ese momento un solemne recogimiento entre los que rodeaban a doña Manuela. Todos fijaron la vista entonces en su hermano. Don Julián avanzó con lento paso hacia el lecho de la paciente, sin hablar, como un cuerpo movido por una fuerza extraña, cubriendo a la señora con una profunda mirada de intensa tristeza.

Doña Manuela extendió las manos, cubierto el rostro de palidez ~cadavérica. Emitió algunos sonidos inarticulados, que terminaron en un estertor de agonía, y la lívida frente se inclinó sobre el pecho con el abandono de la eterna inmovilidad.

XXII

Del borde de la tumba, la tierra cayó sobre el ataúd con el rudo desapacible de los cuerpos que no tienen resonancia. Un grupo escaso de amigos presenció con ánimo indiferente y compungido rostro la fúnebre tarea de los sepultureros. Para cada cual, ese fin aterrador estaba lejos, oculto allá en la noche de esperanzas con que el cielo envuelve las incertidumbres del inevitable problema.

Cortaza miró desaparecer poco a poco el cajón sin emoción aparente. Apenas, de cuando en cuando algún ademán hacía sospechar las trágicas sensaciones que cruzaban por su cerebro.

Tras el negro cajón, sobre el que la tierra iba amontonándose, él veía las pálidas facciones, respetadas por la muerte en su majestuosa hermosura. Y sus ojos no podían llorar en la eterna despedida. Su corazón oprimido se negaba al enternecimiento.

Estoico, siguió entonces con Carlos Díaz a los concurrentes agrupados tras el sacerdote, que se retiraba después de haber murmurado las últimas oraciones. En la puerta del cementerio se despidió de todos para regresar a pie a su casa.

La caricia del sol lo estremeció con un temblor desconocido. Su pecho respiró ensanchado, libre de su constante opresión. Dejaba atrás, en el cementerio, su miserable existencia de engañado inconsolable. Algo en el fondo de su alma entonaba un himno de contento. ¡Libre! ¡libre!, ya no volvería a tener celos.

El joven entró con él en la casa. Don Matías se dirigió a su cuarto con tranquilo continente. Tomó de una mesa el "Robinson Crusoe" y fue a sentarse como antes al fondo de la huerta: Ahora podía leer las aventuras de aquel solitario sin envidiarlo.

Díaz entró a la sala de recibo, donde lo esperaba Deidamia. La palidez de la chica se iluminó con un rayo de consuelo al sentir en su frente el beso apasionado con que la saludó el joven, sentado junto a ella, estrechándole con ternura las manos.

-Ahora, linda, miremos para adelante y dejemos reposar en paz a la que se queda en el camino. Don Julián quiere que nos casemos ya. Te da como regalo de boda esta casa, y a mí la casa de la calle San Pablo, donde iremos a vivir, reservándole una pieza. El se retira a su chacra y nos convida a ir a verlo cuando queramos.

a Guillén y Javier. Con aire de infantil incertidumbre hablaron al través de la reja.

-¿Cierto que tú te vas a casar con Deidamia?

-Cierto, y ustedes serán mis padrinos -les dijo el mozo alborozado.

-¡Viva el ñato! -gritaron los dos chicuelos, entrando en la sala y abrazando a los novios con ruidosas señales de alegría.

FIN